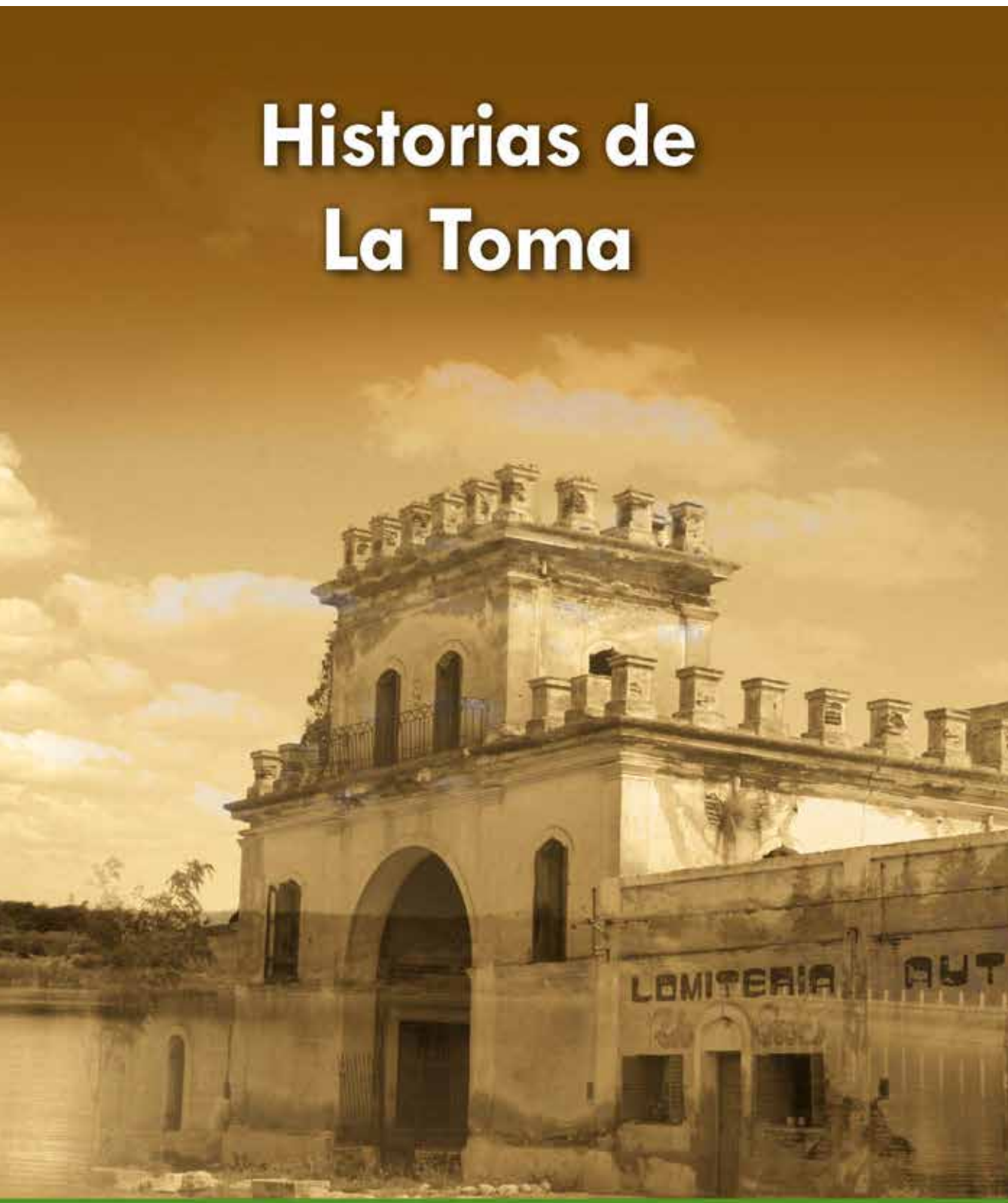
Historias de La Toma



GOBIERNO
DE LA PROVINCIA
DE SAN LUIS

SAN LUIS LIBRO

GOBIERNO
DE LA PROVINCIA
DE SAN LUIS

El Gobierno de la Provincia de San Luis cumple y seguirá cumpliendo con los preceptos constitucionales y las normativas vigentes respecto a asegurar el desarrollo humano y social de sus habitantes.

El derecho a la cultura, a la información, a la publicación y a la difusión de las ideas es un derecho humano fundamental, con el que este proyecto político ha desarrollado fuertes lazos y claras acciones en su defensa. Invertir en cultura es fortalecer los cimientos republicanos y consolidar la convivencia democrática armónica, en un marco de pluralismo, tolerancia y respeto por el otro. Invertir en cultura es también propender a difundir la obra y engrandecer el patrimonio cultural provincial, potenciando así la libertad de pensamiento y el universo de las ideas, la literatura y la palabra escrita en general.

Por la defensa y ratificación de este derecho el Programa San Luis Libro suscribe y se sustenta en la Ley Provincial N° I-0002-2004 (5548) que dice en su art. 1°: El Estado Provincial garantiza el derecho fundamental a la libertad de pensamiento, religiosa y de culto reconocido en la Constitución de la Provincia de San Luis.

SAN LUIS LIBRO

ACERCAR EL LIBRO AL PUEBLO

Historias de

La Toma

Xxxxxxxxxxxx . - 1a ed. - San Luis : SLL -
San Luis Libro, 2013.
90 p. ; 18x25 cm.

ISBN 978-987-1787-29-6

1. Narrativa. 2. Cuentos. I. Título
CDD 863

Fecha de catalogación: 03/02/2012

Es una publicación de San Luis Libro, organismo dependiente del Ministerio de Turismo y Las Culturas

1º Edición
© 2013 San Luis Libro

Diseño y Edición
Área Diseño y Comunicación. Grupo Payné S.A.

Tirada 500 ejemplares
ISBN 978-987-1787-29-6

Impreso por La Gráfica. Payné S.A.
Av. Lafinur 924 - San Luis

Impreso en la Argentina
Queda hecho el depósito que establece la ley 11.723.

Prohibida su reproducción total o parcial, incluyendo fotocopias sin la autorización expresa del autor.

Historias de La Toma

Índice

Teresita Ana Milán

Recuerdos de La Toma Vieja

Recuerdos de La Toma Vieja....15
Breve historia del lugar....16
En el camino....21
La llegada a la casona....25
La reja....27
La entrada....28
El altillo....29
El comedor....31
El escritorio....32
El cuarto de la tía Julia....34
El jardín de los chinos....40
La escalera....41
La planta alta....41
La cocina....44
El excusado....46
El cuarto de Sarmiento....48
La Casita Vieja y la Casa Nueva....50
Sobre las costumbres de los viejos lugareños....53
Los hijos de crianza....54
El personal de servicio....56
Los visitantes....59
La ceguera de José Antonio....61
Epílogo....64

Jorge Osvaldo Entre Ríos

De cuando conocí a Emilia y otros cuentos

De cuando conocí a Emilia....69
Coyuntura....76
Las vueltas de la vida....78
Valientes o cobardes....80
Tiempos de cólera....81
Tratado arqueológico....84

Recuerdos de La Toma Vieja

Teresita Ana Milán

Teresita Ana Milán nació en la ciudad de Villa Mercedes, provincia de San Luis, ciudad natal de su padre Marcelo Milán; y su madre, Ana Mónica Fernández, oriunda de la localidad de La Toma, le infundió, un entrañable afecto por esa tierra, y las costumbres de la familia materna.

Cursó sus estudios primarios y secundarios en Villa Mercedes, en la Escuela Normal "Juan Llerena" y en el "Colegio del Sagrado Corazón", respectivamente.

Es psicóloga recibida en la Universidad Nacional de San Luis, en el año 1977. Se inició en el ejercicio de la docencia y la investigación universitaria bajo la dirección del Dr. Plácido Alberto Horas. Obtuvo dos becas de especialización en Psicopatología, Clínica y en Psicoterapia de Adicción a drogas, en la Fondation Bon Sauveur d´Alby, 1994, y en el Centre Medical Marmottan, 1997, ambas en Francia. Alcanzó el título de Doctora en Psicología en el año 2009, con una tesis sobre el abordaje psicoterapéutico de pacientes adictos a drogas, bajo el asesoramiento científico del Dr. David Rosenfeld.

Dirige Proyectos de Investigación y de Servicio sobre Adicciones. Ha contribuido en la formación académica de Becarios y Doctorados en Psicología. Ha participado como disertante en congresos y publicado trabajos de su especialidad científica.

En la actualidad, ejerce la actividad privada desempeñándose como psicoterapeuta.

Agradecimientos

A Irma Susana Fernández de Leroux, hermana de mi madre.
A Amada Lucero, compañera de juegos en La Toma Vieja.
A Viviana Quiroga por sus sugerencias.
A Ana María Calderoni quien leyó el primer borrador y aportó correcciones.
A Pucho Pestchanker por su compañía al recordar.

La autora

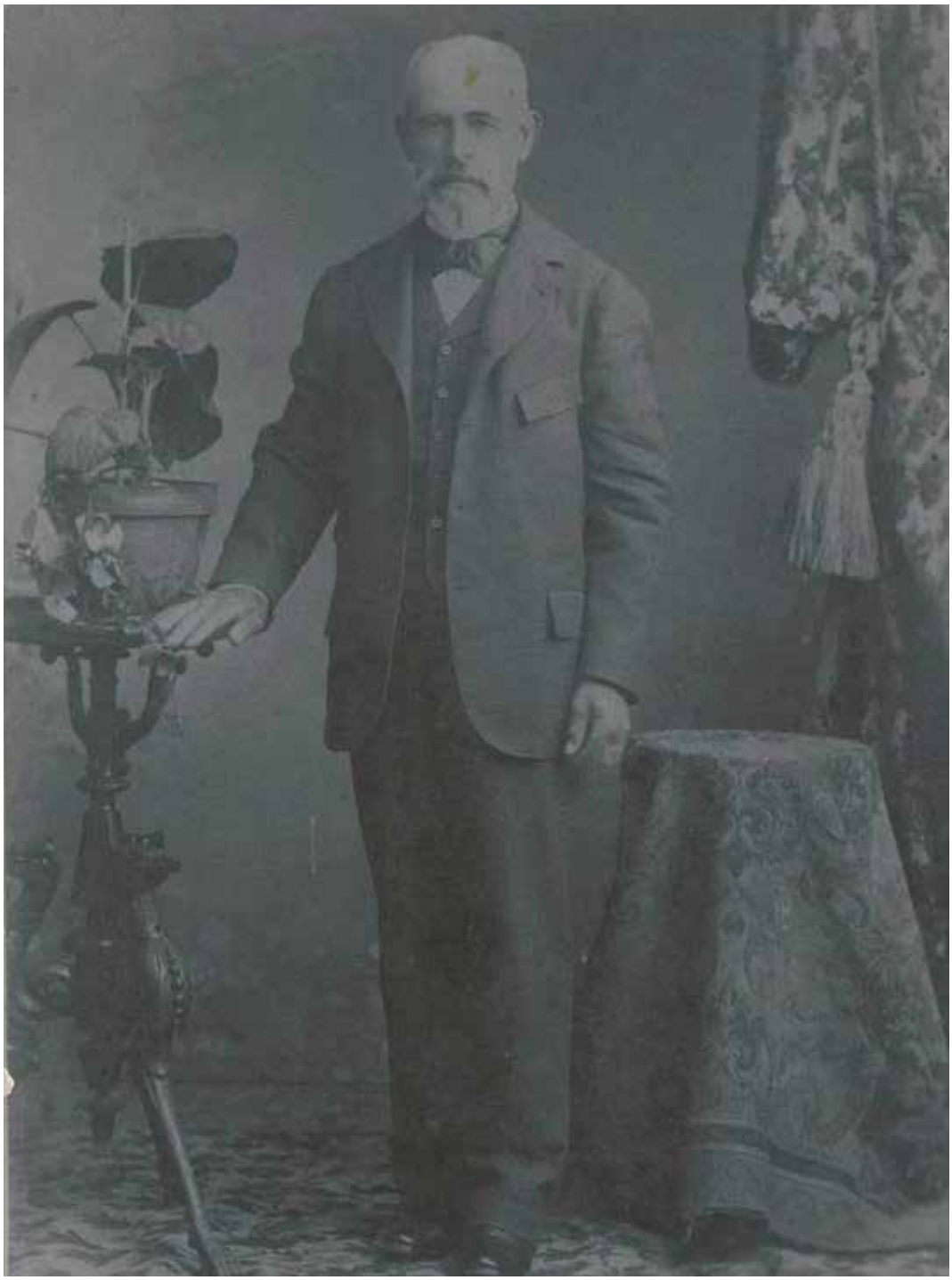
Recuerdos de La Toma Vieja

A la memoria de mi madre Ana Mónica Fernández.

Fue mi madre quien me introdujo en el conocimiento de su lugar natal, su familia y las costumbres de sus moradores. Sus relatos me transportaban a la antigua casa de los Fernández, donde me hacía sentir que había sido muy feliz. Esa casa permanece en el sitio fundacional como el primer día y existe incólume en mi memoria desde la infancia. Todos la nombran El Castillo pero para mí sigue siendo la casa de la tía Julia, como la llamaba mi madre Ana Mónica Fernández quien con devoción completaba mi conocimiento del lugar transmitiéndome el modo de vida de los que habitaron en La Toma Vieja. Las narraciones que a mi pedido me repetía mi madre, con el pasar del tiempo se fueron convirtiendo en estampas seleccionadas que aún conservo cual reliquias de familia y de las que me serviré para escribir este relato, sin pretensión de rigor histórico, porque tiene más de recuerdo que de exacta realidad. Me anima a escribir sobre ese sitio la evocación de sensaciones, vivencias, sentimientos y recuerdos infantiles que en su conjunto constituyen una realidad en mi mente que pugna por ser expresada para escapar del olvido y la indiferencia. Hoy ese capital de sentimientos es una noble herencia que es parte de mi vida y da testimonio del legado que he recibido. Este relato da forma a un tiempo vivido de mi historia personal que sale al encuentro de nuevos sentidos sobre los acontecimientos pasados, y busca comunicar experiencias de vínculos con esa realidad, mediatizada por las fantasías que embellecen y transfiguran las imágenes. Estas remembranzas no son solo mías sino que también condensan las de muchos otros nacidos y criados en La Toma Vieja. Habiendo sido escuchadas durante mi infancia en ese lugar, han sido combinadas por el trabajo de la memoria dando forma a la narración sobre hechos, anécdotas, comentarios, reminiscencias de lo que pude haber percibido y llegado a entender entonces. Un movimiento de vaivén entre lo vivido, lo recordado, lo que me han contado, y lo que hoy pretendo reconstruir hará que el tiempo de la escritura oscile entre el pasado y el presente, sin atenerme al dato estricto sino más bien intentando restaurar mis evidencias y ocurrencias de antaño.

Breve historia del lugar

A mis preguntas sobre los orígenes de ese lugar, se me respondía que La Estancia La Toma formaba parte de una extensión enorme de tierras cuyos antecedentes se remontan a la época de las Mercedes Reales, en 1592, antes de la fundación de la ciudad de San Luis, cuando se comienza el empadronamiento de los habitantes originarios en las cercanías de las Sierras de los Apóstoles, hoy Cerros del Rosario. Don Luis Jofré, Gobernador y poblador de la ciudad de San Luis, en nombre del Rey otorga la tercera merced real al Capitán Juan de Barreda Estrada y a su hijo Juan de Barreda quienes adquieren la propiedad de dos estancias. A mediados del Siglo XIX se sucedieron una serie de diferentes propietarios de esas tierras, entre los que se nombraba a Carlos Bett, desde 1857, Darío David y a Francisco Scola desde 1869. Estos últimos eran dueños y socios de un negocio de Ramos Generales en San José del Morro que en esa época había adquirido importancia en el comercio de frutos de la zona y en el paso de las carretas que los transportaban a distintos puntos del país. El nombre de La Toma está estrechamente relacionado a la acción de Carlos Bett, francés, quien construyó una toma de agua desde el Río del Rosario para abastecer del precioso líquido a la casa principal de la estancia y a la pequeña aldea que se conformaba a su alrededor, y sobre todo para tener acceso al riego de sus campos. Esa obra hidráulica, que posteriormente se fue completando con canalizaciones, accionaba un molino de granos y favorecía la ocupación de los hombres del lugar. Carlos Bett vendió las tierras a Darío David, español, quien fue el mentor de la construcción, que aún hoy existe, a la usanza de un castillo castellano, levantada sobre la margen izquierda del Río del Rosario, que constituía el casco principal de la estancia. David falleció en Paraguay, 1898, sin dejar herederos forzosos; sus bienes pasan a favor de una hermana y dos sobrinos que vivían en Vigo, España. Es Prudencio Fernández quien compra 29.550 hectáreas de estas tierras. Existe documentación (una escritura del año 1899 y otra de 1900) que atestigua que el nuevo comprador no habría dado total cumplimiento a los pagos convenidos. Antonio Fernández, mi



Mi bisabuelo Antonio Fernández

bisabuelo, actuó como garante del último pago de esa venta y finalmente obtuvo una escritura, en 1903, a su nombre, por 10.000 hectáreas de campo, con todo lo edificado y plantado, en concepto de cancelación de la deuda que don Prudencio Fernández, su hijo, no saldó. En este punto no puedo agregar más comentarios porque no dispongo de mayores datos sobre esta transacción, pero sí he escuchado que David habría expresado que quería que fuera Antonio Fernández quien comprara esa propiedad a un bajo precio, 75 pesos oro, para facilitarle la posibilidad a su amigo de que concretara su sueño de "hacer la América" y convertirse en un terrateniente.

El conocimiento que he extraído de los comentarios que se contaban entre los tíos viejos de la familia -y este puede ser uno entre otros- es que Antonio Fernández, oriundo de Valladolid, era amigo de Darío David en la época que vivían en España. Antonio viajó a la Argentina con su hermano a los 13/14 años, buscándolo a David para que lo ayudara a establecerse en el país en razón de la amistad de ambas familias; su hermano se quedó en Buenos Aires y creen que después se instaló en el sur del país. Antonio Fernández se inició en la zona al mando de David y después habría sido nombrado por este administrador de la Estancia La Toma que ocupaba una enorme extensión llegando hasta San José del Morro y los Cerros del Rosario.

Un hecho para destacar es que en 1904 Prudencio Fernández vendió 30.000 hectáreas a Hipólito Yrigoyen, antes de que este ocupara la Presidencia de la Nación. Se dice que Prudencio realizó varios viajes a la Capital Federal, consiguiendo ingresar a la Casa Rosada, a fuerza de las generosas propinas que prodigaba, para cobrar una deuda pendiente de Yrigoyen por esas tierras. Dos años después, Yrigoyen vendió esas hectáreas a Pedro Miguel Mariano Graciarena. En ese punto aparece otro desconcierto por dos versiones diferentes respecto a la fundación del pueblo de La Toma, en base a una ley del Poder Ejecutivo Nacional que autorizaba la construcción de centros urbanos alrededor de la estación de trenes de los Ferrocarriles Gran Oeste, que unía los ramales de Villa Mercedes y Villa Dolores (en la provincia de Córdoba) desde el 8 de julio de 1890. En mi familia se dice que habría sido por una donación de 100 hectáreas

Prudencio Fernández (hijo mayor de Antonio Fernández)

de propiedad de Antonio Fernández con el objetivo de que se construyera la punta del riel, el origen del nuevo pueblo que prontamente se instaló alrededor de la estación. Este nuevo asentamiento despobló la Toma Vieja que comenzó a debilitar la concentración de la mayor actividad de la zona. Si bien se conocía esta donación no se había firmado la escritura a favor del gobierno. Cuando se venden las 30.000 hectáreas a Hipólito Yrigoyen en la escritura figura que se respetarán 100 hectáreas para que se fundara el pueblo, pero Hipólito Yrigoyen tampoco escritura esas hectáreas. Posteriormente se realiza la venta a Pedro Grarciarena y este concreta la escritura por 105 hectáreas a nombre del gobierno, por eso se discute que él sea quien dona esas tierras para la fundación del pueblo. Efectivamente no queda claro a quién atribuir esa negociación, pero habría que considerar el antecedente de la donación de Antonio Fernández por disposición de su compatriota Darío David, en virtud del agradecimiento que el pueblo "tomense" le ha deparado, por ejemplo, imponiendo su nombre a la Terminal de Ómnibus.

No dispongo de información segura pero me han contado que la edificación del Castillo se habría terminado en 1856, en la época de la presidencia de Justo José de Urquiza. Antes de la construcción del Castillo ya habría existido en La Toma Vieja una población muy antigua instalada en un reducido caserío, con un incipiente comercio de los frutos regionales para su distribución. El mismo Antonio Fernández con su carreta recorría los caminos para realizar compras y ventas, hasta que montó un próspero negocio de Ramos Generales en la edificación del castillo donde equipó galpones para el acopio de granos, cueros, aceites, telas, y demás enseres rurales. Esta actividad comercial más la explotación rural había producido y acumulado cierta riqueza constituida por los bienes de la tierra, el ganado y los minerales. De esa prosperidad derivaba una manera de vivir que hacía gala de ciertos lujos como los utensilios domésticos, los muebles, telas finas, joyas y delicados instrumentos importados de Europa; por supuesto, también los libros que componían la biblioteca mejor nutrida de la comarca.

Cabe una reflexión acerca de los efectos de la colonización, de cómo se produjo en esa época la obtención de los registros de las propiedades,

y de qué manera estas personas llegaban a ser dueños de tierras otrora propiedad de los pueblos originarios.

En el camino

Los viajes a La Toma Vieja, que desde Villa Mercedes realizábamos con mis padres entre los años 1950-1960 aproximadamente, formaban parte de una narración que se construía con todos los detalles de la programación de esos traslados, más los sucesos que se encadenaban hasta que se concretaba un periplo que nunca estaba ajeno a peripecias, demoras y obstáculos varios. El encantamiento comenzaba mucho antes de llegar, empezaba con la promesa de una visita a los familiares de mi madre y se extendía durante los días que llevaban los preparativos para partir.

El ansia por llegar a un lugar de ensueños en el que no faltaba ningún elemento esencial en las historias que fascinan a los niños se alimentaba por los comentarios que mi madre nos contaba para mantener viva esa ilusión de visitar la casa de la tía Julia.

De la conducción del automóvil se encargaba con pericia mi padre, Marcelo Milán, para quien el mejor programa consistía en probar el manejo de diferentes modelos de coches. Recuerdo un Ford 40 color negro, un rastrojero a gasoil color marrón claro que fue uno de los exponentes de la industria nacional, un jeep rojo y blanco, y la famosa estanciera, de la marca IKA, ambos producidos en los talleres de la ciudad de Córdoba en la época de oro de la fabricación argentina. Esos vehículos, con suerte, nos hacían llegar en dos horas a destino una vez que se hubieran superado las dificultades del calentamiento del motor, la rotura de un parabrisa por el impacto de alguna piedra suelta que se disparaba del suelo sin asfalto, más la clásica "pinchadura" de alguno de los neumáticos que ya habían sido "recapados". Habiendo conseguido reiniciar la marcha la observación se concentraba en el camino y en el entorno que a cada tramo nos sorprendía con la presencia de los auténticos moradores de esos campos, como las ágiles liebres que cruzaban en diagonal frente del automóvil, las perdices vacilantes, más lentas en decidirse a mover, o una familia de avestruces con su plumaje agrisado. Yo no hacía más que cerrar los ojos y

rogar para que estos animalitos de dios pudieran escapar a la escopeta de mi padre que cuando los avizoraba no podía resistir la tentación de dispararles unos cartuchos de cartón grueso de color rojo con terminaciones de metal dorado.

En algún tramo del camino, del cual he perdido las referencias, aparecía el majestuoso Cerro del Morro que se destacaba en el paisaje en dirección hacia el noroeste. Mi memoria dibuja y pinta de colores azulados ese prominente accidente de la naturaleza que era el vigía, indicador del tiempo que faltaba para llegar a destino. San José del Morro, antigua posta de carretas y mercaderes, había sido el centro del movimiento comercial para el tránsito de los frutos de la región que se transportaban hacia distintos puntos del centro del país. Las tropillas de mulas estaban siempre listas para recibir nuevas cargas y el resto del ganado se vendía al mejor postor. El paso por el pueblo del Morro merece una pausa para recordar una vivencia que a mis ojos de adulta ilustran el más puro dominio de la omnipotencia infantil. Apenas iniciábamos el itinerario yo vigilaba el camino mirando hacia el costado derecho de la ventanilla del auto para ser la primera en avizorar la silueta imponente del Morro sobre el que se contaban fantásticas anécdotas y algunas leyendas. ¡Que en su cúspide había un cráter de un volcán dormido que entraba en erupción anticipando que sucedería algo desgraciado a los habitantes del poblado! y que por eso había que escalar hasta la cima, por lo menos, una vez al año para complacer a los espíritus malignos que habitaban en sus profundidades. ¡Que allí arriba, se extendía un espacio circular, un amplio potrero donde se reunían seres extraños, tal vez magos, duendes, taumaturgos, hechiceras! que en conjunción se dedicaban a practicar extraños rituales y esotéricas ceremonias para comunicarse con los dioses, sentirse más allá de la dimensión humana y conjurar los malos designios. Yo sentía temor, curiosidad, y al mismo tiempo reverencia por esas criaturas, de ahí que mientras transcurría el viaje mis sentimientos oscilaban entre el intenso interés por conocerlas y el deseo de negar su existencia para desentenderme de su influjo y escapar a su determinación.

Los pobladores del lugar contaban sobre los temblores nocturnos de la tierra que se imponían sorpresivamente y producían el pavor de los animales que aterrorizados disparaban desesperados a campo traviesa

levantando a su paso una polvareda que volvía más oscuro el ambiente. Ese estremecimiento del suelo movía todo lo que había en su superficie, provocaba el revoloteo de los pájaros, la estampida de los animales pequeños y de las alimañas, que amontonados salían de sus guaridas soterradas. Los primeros en ponerse a salvo, gracias a su astucia, eran los zorros que blandían las colas en la disparada. El relinche de los caballos despertaba la noche y en la huída colisionaban las patas contra el cuerpo de las vizcachas que emergían de sus madrigueras chillando asustadas. Hasta los quirquinchos apuraban sus cortas extremidades cuando sentían que sus caparazones no los protegerían de una violenta coz lanzada al boleo. El rebuzno de los burros avisaba que era cosa seria lo que allí ocurría. También las víboras se desorientaban, abandonaban sus huevos en las pajas bravas y reptaban despavoridas sin rumbo, para cualquier lado, haciendo sonar los cascabeles y preparando el dispositivo para tener a tiro el veneno. La turbulencia desataba el terror de las mulas que en tropilla iban de un lugar al otro sin acertar seguir un punto fijo. El ganado vacuno mugía clamando por ayuda para salir de lo que aparentaba ser el fin del mundo. Parecería "cosa e'mandinga" semejante atrocidad, ¡qué precio se estaría cobrando el Innombrable! ¡Era una cuestión sobrenatural, una barbaridad, de esas que entienden los brujos nomás! Detrás de los pajonales altos asomaban los pumas mostrando los colmillos en posición de pelea. Los veloces avestruces emprendían una carrera para distanciarse de ese infierno hasta que a la distancia se detenían al comprobar que el asunto había sido por contagio del miedo y que el retumbe del cerro había cesado sin producir ninguna desgracia. Paulatinamente la tranquilidad se instalaba y eran las lechuzas las primeras en conseguir la calma y volver a ejercer su papel de control sobre el llano.

A medida que la imagen del Morro invadía mi visual yo esperaba ansiosa el rebaje de la velocidad del auto, cuando este se detenía junto a una corriente de agua que cruzaba el camino, ese era el momento para bajar y refrescar los pies en verano, aliviar el calentamiento del motor y mirar el paisaje. Justamente allí ocurría que se hablaba de las historias fantásticas que nunca eran exactamente las mismas porque si viajaba con nosotros alguna otra persona, con seguridad esta agregaba nuevos comentarios sobre

estos infortunios. Mientras yo escuchaba absorta las descripciones y las anécdotas de personas con nombre y apellido que habían recibido algún insólito efecto del poder del cerro, crecía dentro de mí una sensación rara mezcla de miedo y encanto que me impulsaba a hacer algo, correr rápidamente, por eso le decía a mi papá "espérenme que yo voy corriendo toco el Morro y vuelvo. Créanme, es como yo les digo". Era tal el convencimiento y la certeza de poder realizar este anhelo, que esa idea se apoderaba de mí sin conseguir dejar de pensarla creyendo que si "hacía fuerza" con mi mente podía persuadir a mis padres para que me autorizaran a emprender mi propia estampida. Estaba tan segura de mi percepción, que al ver de frente el cerro, creía en la existencia de una estructura compacta que se erigía como una escultura a la que, sin mayores esfuerzos, podría tocar y que la distancia que me separaba de él era proporcional a mi capacidad de emprender una veloz carrera hasta llegar. En uno y otro viaje se repetía este incidente que terminaba cuando despedíamos a la mole celeste y yo me consolaba con la ilusión de llegar a la casa de la tía Julia, entonces era el momento en que yo volvía a concentrarme en el sonido y el zangoloteo que se producían por el "serrucho" de la superficie del camino, para así apaciguar esta lucha interna que solo yo conocía.

Al llegar al pueblo de La Toma nos dirigíamos sin más vueltas hacia el cementerio para lo cual mi madre había acondicionado unos ramos de flores que durante el viaje cuidaba que no se ajaran y guardaran su perfume. Allí comenzaban las crónicas necrológicas y el repaso de los antiguos muertos de la familia, cuyas lápidas, algunas con fotos, otras con placas de homenajes atestiguaban el linaje que nos antecedía. No me alcanzaban los ojos para leer tantos nombres con el mismo apellido, por lo que yo creía que ese camposanto era de exclusiva propiedad de los Fernández. Cuando más tarde supe que don Antonio Fernández había dado a la humanidad una gran prole fruto de su unión con cuatro mujeres con las cuales nunca se casó, pude entender la existencia de tanta descendencia a la que le concedía su apellido. Mi entusiasmo por descubrir las sepulturas, leer las losas de piedra y dar identidad a los difuntos, se convertía en pena al ver las lágrimas sinceras de mi madre frente al mármol helado donde se inscribían los nombres de sus padres Ana Eduvigis Ortiz y José Alberto Fernández.

El clima tenía su propia personalidad, siempre corrían vientos de esos que en invierno, cuando caía la helada, "cortaban las carnes"; las temperaturas muy frías eran las responsable de los sabañones en las manos y en los talones que se reparaban con la crema "diadermina" preparada en la única farmacia del pueblo. El granizo y la sequía eran una amenaza permanente. En verano parecía que el sol se ensañaba en mandar los calores más potentes para partir la tierra; a la hora en que las lagartijas y las iguanas emprenden sus paseos no había con quien encontrarse porque, sin excepción, se respetaba la tradición de hacer la siesta. También las moscas eran una marca original de esos pagos, aparecían de la nada, y se convertían en una compañía indeseable e inseparable sobre todo si mediaban alimentos, o ante la presencia de los animales. Me distraía ver a los caballos mover con energía las cabezas para agitar las crines y deshacerse de esos molestos insectos, o los perros que soportaban pacientemente que estos se posaran sobre alguna de sus heridas, sobre lo cual se escuchaba decir "cuidado que les van a dejar quesera tírenle con criolina".

Partíamos en dirección a la Casa Díaz de don Arturo e Hijos, comercio de Ramos Generales, donde nos abastecíamos para no llegar con las manos vacías a la casa de la tía Julia en cuya dirección atravesábamos las calles por las que también vivían otros parientes, los Novillo, los Torres, los Villegas, los Palma, los Lucero, ramas de un generoso árbol genealógico proveniente de las simientes de mi bisabuelo materno. En el pueblo era parada obligada la panadería de Valdeón donde horneaban a leña la mejor galleta de campo que yo haya probado. Una vez que nos dirigíamos hacia la salida del pueblo pasábamos por una escuela, de esas que se construyeron durante la presidencia de Domingo Perón, que para mí demarcaba el final de la urbanización y el rumbo directo hacia el destino de nuestro viaje.

La llegada a la casona

La próxima demarcación se imponía en la frondosa arboleda que aparecía a la izquierda de mi ventanilla, la que anunciaba los álamos de la quinta de la tía Julia. Una vez que el auto aminoraba la marcha, trasponía un puente bajo el cual circulaba una corriente de agua cristalina prove-

niente del canal grande, de 800 metros de largo. Esa corriente nacía en la primitiva toma de agua del embalse que almacenaba el caudal del Río del Rosario, y terminaba en la compuerta grande bordeando un enorme sauce frente al Castillo. Ahí se bifurcaba en canales más pequeños, cada uno con sus respectivas compuertas, en dirección a las quintas de la tía Julia, de los Lucero, de los Palma, y más adelante de mi abuelo José. A los costados del puente se erigían dos altos y compactos pilares, con terminaciones de almenas, que antaño habrían sostenido algún portón de ingreso con pesados goznes para limitar la propiedad privada de la familia Fernández.

El primer sonido, después de bajar del auto, surgía debajo de las pisadas por el roce con el pedregullo que cubre la amplia explanada cuya extensión aporta un emplazamiento perfecto para esa única construcción señera del lugar. La característica castellana de la edificación, austera pero imponente, se destaca en un fondo de cielo límpido y en el marco de una arboleda añosa de álamos carolinos hacia el costado del este. La singularidad de su estampa permanece intacta allende el descuido de quienes la habitaron y la poseyeron. La vida que transcurrió en sus confines está guardada en su memoria, así imagino que esa casa, hoy casi en ruinas, contiene absolutamente todos los sonidos, las palabras, los gemidos, los secretos, los gritos, las exclamaciones, como también los movimientos, los giros, las posturas, los gestos, los ademanes, de quienes nos antecedieron en aportar el germen de una prolífera descendencia. Dentro de sus muros hombres y mujeres expresaron de mil modos y con variados matices las alegrías, los sufrimientos, los deseos, las frustraciones que signaron una historia familiar que extiende sus raíces en ese emblemático y noble solar.

Hoy esa casa está ahí como el cerro del Morro, ambos testigos del paso del tiempo, eslabones entre el pasado y el devenir de varias generaciones. Me inspiro para escribir estas páginas en su singular arquitectura, en su sentida historia y en la riqueza que aportaron a mi vida emocional esos viajes y las breves estadías en el castillo durante mi niñez. La estoica construcción, de un estilo inusual para el lugar, tal vez la reproducción de un sueño inspirado en la nostalgia española, que perdura como testimonio de otros tiempos de la familia y del entorno, es un hito para historiar la trayectoria de un pueblo de la provincia de San Luis, como también para

dar sentido a mis propios anales. Describir esas visitas a la casa de la tía Julia hoy me llevan a buscar dentro de mí los recuerdos que permanecen en vívidas imágenes como una ilustración del mejor cuento que me hayan contado jamás. Las paredes del Castillo se habrían levantado con ladrillones elaborados con tierra de la zona de la planta de tugsteno, y de la vecina quinta de la familia Palma, que se ubicaba en dirección al norte. El resto de los materiales fueron importados de España y Francia, como los mosaicos; posiblemente las maderas de pinotea usadas para cubrir los pisos y armar las escaleras provenían de Suecia o de Noruega.

La reja

Lo primero que yo veía era la reja del lugar de entrada. Sus barrotes de hierro, doblegados por algún diestro artesano y templados por el tiempo, imponían una cierta severidad en la delimitación del espacio que se iniciaba una vez traspuesta una línea no demarcada, pero aún así existente, entre el suelo de pedregullo y la entrada a la casa de los ancestros de mi madre. La parte central de la reja oficiaba de puerta de ingreso y siempre estaba abierta de par en par. Los barrotes terminaban en puntas de flecha imponiendo una función de defensa hacia los que no llegaban en son de amistad. Se dice que antiguamente merodeaban por allí los malones, por lo que yo creía que esa reja había sido testigo de conflictos entre los pobladores originarios de esas tierras y los herederos de los colonizadores. Era inevitable para mi curiosidad tomar esos barrotes, de una de las hojas de la puerta, con las manos y subirme sobre uno de los travesaños, los tirantes planos que los atravesaban, para mover esa estructura y comenzar un tímido balanceo. El frío del metal de los barrotes iba desapareciendo a medida que aumentaba mi prensión sobre ellos, mientras que mi entusiasmo por repetir una y mil veces los movimientos hacían desvanecer el temor inicial e intensificaba la confianza en conducir un atractivo juego que cada vez inauguraba la llegada al viejo castillo. El vaivén sobre mi cuerpo me conducía a un frenesí embriagante y ese era el motivo por el cual demoraba ingresar a la vivienda para saludar a la familia aunque escuchaba las efusivas palabras que se intercambiaban entre mi madre y los habitantes

de esa particular casona. Un olor férreo emanaba mientras frotaba mis manos con los barrotes. Mientras asida a la reja continuaba el balanceo, aumentaba la sensación vertiginosa a la que seguía un leve mareo y una incipiente náusea. Así como sucede en lo alto de una montaña rusa cuando uno se debate entre el placer y el terror por permanecer allí, yo no quería dejar de repetir ese pequeño deleite de bienvenida que me prodigaba cuando llegábamos desde Villa Mercedes para visitar a la tía Julia.

La entrada

Una vez que se abría la reja, allí comenzaba la antesala de las maravillas que vendrían después. Es encantadora la imagen que guardo en mi memoria del lugar de la entrada que se imponía con un arco de medio punto. La línea de semicírculo señorial y elegante del muro del frente hacía volar mi mirada de un lado hacia el otro. Ese estilo arquitectónico único, del que yo no conocía otro parecido, estimulaba mi imaginación, me transportaba a las imágenes que ilustraban las narraciones de los libros del Tesoro de la Juventud donde yo ubicaba las historias de célebres personajes y distantes edificios. En el espacio del ingreso las paredes estaban decoradas con dibujos de ramas, hojas y guardas pintadas a mano, de los que yo imaginaba habían sido inspiración de algún artista que habría conocido otros paisajes. En el piso de mosaicos estampados con guardas lucían las plantas y sus flores colocadas en tarros metálicos de diversos envases y algunas macetas de barro; cada una de esas plantas eran llamadas con nombres tales como cascadas, con sus hojas satinadas y decoradas con destellos perlados, los nácares de hojas redondeadas y lustrosas con flores de diversos colores, y otras variedades de follajes brillantes en distintos tonos de verdes como la boina de vasco. En su conjunto esa reserva de energía verde parecía interesarse en nuestro arribo, las plantas se ofrecían generosas al tacto y a la mirada. Había algo parecido a unos bancos de madera reseca, blanqueada por el sol y los vientos que venían del sur; sentada sobre ellos yo miraba hacia arriba para descubrir el enigmático balcón ubicado justo en el centro de la habitación principal de la planta superior. A la altura de ese primer balcón colgaba un farol de hierro de tipo colonial, de gran tamaño, para

mis ojos de niña, que jamás vi encendido, pero estaba allí aportando, tal vez, otro tipo de luz, o como dice mi amiga Aída "farol del tiempo y de la noche". El techo de la entrada con tirantes de madera se alza a una gran altura y en ese entonces obligaba a levantar mi vista y casi tocar la espalda con las trenzas que mi madre con prolijidad me peinaba. Más arriba sobre el arco de la entrada se erige una amplia terraza balconada, que se extiende a lo largo de la nave central de la casona y termina en una fila de pilares a cada lado, e imprimen la típica conformación colonial española a esa edificación.

El altillo

Finalmente la construcción continúa con el asentamiento de una habitación elevada que dividía la altura del edificio, con dos ventanas hacia el frente y otro balcón con reja de hierro. Ese mismo tipo de pilares en fila de la terraza rematan sobre el techo del altillo, completando un diseño almenado que corona casi en una torre que le da la apariencia de una fortaleza del medioevo. Al altillo se accede desde el interior de la casa por una escalera de madera que mientras fui niña jamás se me permitió subir porque ese era casi un lugar prohibido, una extraña combinación de muerte, de guerra y supervivencia. La escalera para subir comenzaba a mano derecha del balcón del primer piso, tenía un pasamanos torneado; la puerta para ingresar al altillo se abría hacia el lado del poniente y las dos ventanas frente al balcón mirando hacia el norte.

Sobre los muros exteriores del altillo las marcas de los impactos de las puntas de flechas denotaban un sitio de fortaleza, de defensa contra los embates de los malones sobre los que los hombres de la casa dispararían con armas de fuego aprovechando la protección que deparaban las almenas de la terraza. Habríanse oscurecido las tardes con la polvareda levantada por el tropel de fibrosos caballos montados por esos desterrados que atacarían la instalación de los blancos en reclamo y reivindicación de sus posesiones. Los habitantes de la Toma Vieja debieron luchar contra la amenaza de los malones por lo que estaban obligados a tener armas que también utilizaban para eliminar a los pumas que merodeaban en época

de hambruna. Era también este lugar de alto un área funeraria porque allí guardaban en oscuras urnas las cenizas de algunos antepasados, antiguos habitantes del castillo. Dos urnas hexagonales de gruesa madera depositadas sobre una mesa con carpetas tejidas, recibían diariamente las flores frescas que hasta allí subía la Ñata, una de las personas encargadas de las tareas domésticas de la casa.

Una de las anécdotas que recuerdo de este sitio es sobre los ruidos extraños, el rechinar de cadenas, los golpes de puertas que se escuchaban durante la noche y se relacionaban con la existencia de las cenizas de los muertos. Los primeros fallecidos de la familia fueron enterrados en El Morro porque no había cementerio en La Toma Vieja. Cuando se construyó el cementerio del pueblo de La Toma decidieron el traslado de los féretros, pero no se coordinaron a tiempo los trámites para depositarlos en el nuevo camposanto. La demora en la instalación del cementerio fue la causa de que las urnas quedaran definitivamente en la bohardilla del Castillo. Junto a la urna de Antonio Fernández había otra destinada a los restos de una niña Fernández que habría muerto a corta edad, pero de la cual no se habrían identificado sus despojos y en cuyo lugar colocaron una muñeca que habría acompañado la carga mortuoria del enterramiento. Lo mismo habría sucedido con otros cadáveres de la familia de los cuales no se encontraron los huesos y sobre lo que me explicaban que habrían sido alimento de los animales de la zona del Morro, justamente de las vizcachas. Es posible que de allí provenga mi aprensión hacia esos roedores a los que yo atribuía acciones horribles. Pero allí donde aparece el insistente recuerdo de estos inocentes animalitos es que se me plantea un interrogante que descubre las trampas de mi memoria. ¿Se tratará de los recuerdos encubridores a los que Freud les otorgó el descubrimiento de experiencias infantiles importantes? Dado que las vizcachas son herbívoras, no carroñeras, no podrían ser las autoras de semejante operación. Es posible que el dato de las vizcachas se vincule con otro relato sobre cadáveres, restos óseos, escuchado en los alrededores del cementerio del pueblo que por asociación, después, yo he combinado con otros elementos a fin de rellenar algún vacío en mi entendimiento. También se dice que en tiempos de David había un piano de cola allá arriba, de lo cual nos

inquieta la duda de cómo lo habrían subido, o cómo lo bajaron después. ¿Quién podría ser el que lo abriera para hacer sonar las teclas de marfil y traer melodías extranjeras a estas latitudes?

El comedor

La puerta principal de dos hojas construida con madera maciza mantenía vestigios de una antigua pintura de un color indiferenciado entre rojizo y terracota. Los tres paneles de vidrio de la puerta, de ambas hojas, dejaban ver tras unos visillos traslúcidos atados con cintas en la mitad de cada uno, la sala comedor de la casa en la que se situaban unos elegantes muebles de estacionada madera. Sobresalían por sus grandes dimensiones dos aparadores que llamaban trinchantes, de madera tallada con ornamentaciones de hojas y flores, con mesada de mármol para guardar la vajilla. Eran tan altos que parecía una construcción de dos plantas. De las llaves colocadas en las cerraduras de las puertas de los aparadores colgaban unas borlas tejidas con hilos de seda que daban un sello de distinción a ese conjunto en el que se protegían las piezas más delicadas de porcelana y cristal. Lo curioso es que en la familia todos tenían los mismos juegos de vajilla porque los compraban por catálogo en la tienda Gath & Chaves de Buenos Aires. Aún hoy existen partes de esa vajilla en posesión de algunos descendientes, como una frutera, una dulcera y salsera con platos de porcelana estampados con flores en color rosado, que en el reverso se puede leer Wilkinson England, Sophie, Royal Pottery; otros platos de postre de loza inglesa de la colección de Alfred Meakin; una lecherita con un dibujo de un pavo real y flores; un juego de salseras y pequeños recipientes en loza blanca inglesa, una pinza de alpaca marca Berdok Montagnag con las puntas en forma de las extremidades de aves. Con el envío de la mercadería incluían en los paquetes otros objetos de regalos, como unas pequeñas copas de cristal color verde para servir licores, o tacitas de café de porcelana. El juego de comedor se completaba con una importante mesa de roble, muy sólida, cubierta por una carpeta aterciopelada, y a su alrededor varias sillas de la misma madera con asientos y respaldares esterillados. Sobre el centro de la mesa se colocaba una frutera redonda con frutas de

cera y otras de mármol ónix que yo solía desarmar para poder admirar una por una. Un juego de sillones de madera y una repisa esquinera con algunos adornos se sumaban a los otros muebles. En las paredes había cuadros con fotografías de retratos de los tíos.

El escritorio

En la habitación vecina del comedor, hacia la izquierda, habían armado el espacio del escritorio reservado a efectuar los negocios, las reuniones políticas, velorios y novenas. En unos armarios se ordenaban los libros contables y algunas revistas de las que recuerdo La Esfera y el Mundo, ambas españolas con bellas ilustraciones y fotografías. En un rincón protegido de las miradas estaba la caja fuerte donde supongo resguardarían el dinero, las escrituras y la documentación más importante. Destinado a las tareas administrativas en el medio del salón y contra la pared había un mueble de madera de roble donde se podían encontrar plumas para escribir, frascos de tinta negra y roja, el sello seco y el lacre para cerrar por detrás los sobres de la correspondencia escrita a mano; también unos pisapapeles y bolas de vidrio transparente con figuras de osos blancos que me encantaba descubrir. Sobre el piso de madera entablonada nunca faltaban esos elementos que no pertenecen al conjunto y por ello desentonan, esos que los varones acomodan para que nadie los toque, algo así como una herramienta que necesita reparación, cajones con botellas, o semillas que debían guardarse lejos del calor y de la luz. Parece que ese lugar era privativo de los varones de la familia, y en un momento sirvió de dormitorio de reposo durante la enfermedad del tío Manuel. Podríamos decir que la prosperidad de la economía familiar se concentraba en ese sitio que llegó a ostentar el primer teléfono que los comunicaba con el pueblo.

Se daban cita en el escritorio los que se dedicaban a la política cuando había que decidir alguna alianza y adhesión según los lineamientos del partido Demócrata Liberal que tenía en esa localidad un buen número de Lomos Negros.

Dos recuerdos están asociados a ese lugar y mantienen entre sí un

sentido religioso. El primero es el velatorio de mi abuela Ana Eduvigis quien había fallecido, tras un cáncer muy agresivo, en Villa Mercedes, y la trajeron para ser enterrada en el cementerio local junto a su esposo José Alberto fallecido tres años antes de leucemia. Seguramente en compañía de mi familia yo secundaría el traslado del féretro, de lo cual no tengo ninguna reminiscencia pero sí del momento en que fue depositado en el escritorio. Velas altas encendidas, flores, y gente del lugar rodeaban el cajón con manijas de metal a los costados; las mujeres rezaban letanías y se abrazaba con sus hijas en señal de pésame. Mi padre me alzó para que pudiera verla y despedirme; yo alcancé a ver la palidez de su rostro adusto tal como la recordaba en vida. A mí me dolía el dolor de mi madre que sufría silenciosamente por esta separación.

Un tiempo después se dispusieron a acondicionar esa sala porque llegaría una visita muy importante, ocasión que requería de un orden y limpieza impecables. Desde el pueblo trajeron la escultura de la Virgen de Fátima Peregrina, casi de tamaño real, ataviada de blanco, dada en préstamo por el párroco de la iglesia para que se oficiara una novena. La circunstancia merecía que la tía Julia sacara a relucir un rosario con cuentas de nácar de gran tamaño y cadenas de oro que se colocó entre las manos de la Virgen. Esta serie de oraciones que se rezan durante nueve días para pedir algún favor especial, en intermediación con el más allá, reunía a un grupo confesional de mujeres que se encargaban del cuidado de la imagen, de llevarle flores y repartir estampitas. Me habían aleccionado sobre la importancia que tenía ese acto y el privilegio de tener ese huésped en el Castillo. A una hora de la tarde se reunían las rezadoras y ellas transformaban ese lugar en un gineceo, desalojando por nueve días la exclusividad masculina. Viéndolas me di cuenta del convencimiento de sus creencias y de la fuerza de la fe que profesaban. La cadencia de las voces en plegaria y la repetición de los rezos me transmitían una paz y tranquilidad que aquietaba mi espíritu y me hizo comprender una dimensión desconocida, la oración y la conciencia de Dios, sin la cual no se podía completar la visión que esta comunidad tenía sobre la vida.

El cuarto de la tía Julia

A la derecha de la sala principal se abría una puerta hacia un amplio dormitorio, iluminado por la luz del día, que ingresaba a través de un vidriado ventanal lindante con el descripto espacio de entrada a la casa. Las paredes reproducían dibujos y guardas pintadas. Ese cuarto estaba ricamente amoblado con camas, roperos, cómodas, espejos, algunas imágenes religiosas y enseres para la higiene personal. Allí dentro se olía una especial fragancia, mezcla preciosa de aromas agradables, floridas. Sobre el mármol de un "toilette" había jabones de tocador, botellitas de perfume con etiquetas doradas de la línea Dana, Lalique, Hermes, cajas de cartón con polvo para el rostro marca Le Sancy, Cotty, peines de carey y cepillo de crines con cobertura de plata. En otro mueble similar se disponían unas jofainas y jarras de loza estampada con flores y otras de metal enlozado con "cachaduras" en los bordes que se utilizaban para el aseo. También se lucían algunas fotografías de la familia entre las que se contaba una con mi rostro infantil y las infaltables trenzas, que mi madre les había enviado para que me recordaran. En roperos con espejos de cristal belga, biselados, se guardaban las ropas usadas durante la juventud como los vestidos de encaje y raso negros, unas blusas de seda bordadas y lo que fueran sombreros o tocados elegantes, guantes de cuero de badana y de buche de avestruz. La tía Julia usaba almohadillas donde termina la espalda, para mejorar su figura. En los cajones de las cómodas se encontraban remanentes de piezas de puntillas a bolillo que restaban de la época del negocio de Ramos Generales, toallas con largos flecos de hilo de algodón y otras curiosidades. Los relicarios pendían de los espaldares de las camas, y las estatuillas de los santos se erguían sobre el mármol de las mesas de luz, de los que recuerdo a San Pedro y a San Antonio, a los que se adoraba mediante una vela encendida que se cuidaba de que no derramara la cera; de esas imágenes religiosas colgaban rosarios de cuentas que se utilizaban para los rezos de oraciones a la hora de la oración. Cuando caía el día, la Ñata seguía una rutina imprescindible que comenzaba con el acondicionamiento de las mechas de las lámparas de kerosén, o de los faroles a camisa encendidos con alcohol de quemar, que distribuía parsimoniosamente

La autora a los seis (6) años. Fotografía que fuera obsequiada por mi madre a Tía Julia y que se lucía en una cómoda de su dormitorio.

por las diferentes habitaciones; esa operación se iniciaba con anticipación al crepúsculo de tal manera que no penetrara la oscuridad dentro de la casa. Cerraba los postigos de madera de la habitación para cubrir la ventana y guardar el calor que podría haber entrado con el sol del norte, acomodaba la ropa de cama para preparar un reparador descanso, cargaba de agua limpia las jarras y ubicaba estratégicamente las bacinillas para orinar.

La ropa de cama era hermosa, con sábanas y fundas adornadas con puntillas y bordadas con las iniciales de cada uno, así también como los pañuelos de mano, todo primorosamente planchado y perfumado con pétalos de flores secas. En invierno cubrían las frazadas con los quillangos de cuero con piel.

Recuerdo haber dormido en una de las camas con altos respaldares de madera oscura al costado de la ventana que daba hacia el espacio de la entrada, y estar a la escucha de los sonidos y silencios de la noche que incitaban a recrear lo vivido en contacto con esas nobles personas con quienes había compartido el día. Demoraba en dormirme atenta a los ruidos extraños a los que no estaba acostumbrada, esos que parecían provenir de lo alto de la casa. En ese estado intermedio anterior al sueño en mi mente se corría el telón de un imaginario teatro en cuyo escenario aparecían unos singulares personajes que representaban algo de lo escuchado o visto durante la vigilia. Se sucedían varias escenas y se desplegaban diferentes argumentos, que evocaban la presencia de espíritus del pasado. Pero había un libreto, el de los novios prohibidos, que se repetía siempre idéntico y que yo buscaba recrear agregando otros detalles para enriquecer la narración de lo que había alcanzado a entender tras escuchar algún comentario disimulado sobre un amor frustrado de la tía Julia. Iluminada por la luna una pareja se juraba amor eterno desafiando la negativa de la familia de la virgen novia; los encuentros clandestinos plenos de curiosidad y erotismo se habrían sucedido a hurtadillas en contactos furtivos sellados por la complicidad y el temor. Enojos, críticas, prejuicios resuenan entre voces amorosas, miradas fugaces y deseos inflamados por una naciente pasión juvenil. El rostro de óvalo perfecto y la dulzura de la mirada de su adorada Julia

Fernández eran las señas imborrables en el recuerdo y la ausencia. La solidez de la palabra de Bonifacio Campos y la promesa de protección para su vulnerable persona le daban a ella la confianza para esperar y defender ese amor. Pero los hombres de la familia, y en especial su hermano Gregorio, un solterón empedernido que fue diputado provincial, no habrían aprobado ese amor inconveniente de la tía Julia y demostraron de enérgicas maneras que se oponían a que la joven continuara conociendo a su amado pretendiente y mucho menos que diera rienda suelta a sus sueños de unirse para siempre a él y separarse del clan familiar para partir lejos, hacia España. Un intercambio de cartas entre los novios habla de desencuentros y desesperanzas. Bonifacio, decepcionado, se habría despedido de su Julita, como él la llamaba, sin ilusionar un nuevo día. Se encaminó por la Calle Vieja atraído por el brillo de la luna que guiaba sus pasos en dirección del río dejando atrás la casa que albergaba a su amada. La tragedia se abatió sobre el castillo cuando el novio no pudo detener su mano suicida y un último estampido fatal se escuchó desde la ribera del río del Rosario a la hora del crepúsculo. En las cercanías del Sauce Grande en vecindad con los almendros, los nogales y los membrillos de la quinta de los Palma, fue que sucedió lo más desafortunado, la partida sin retorno del amante desairado, quien abatido por la frustración de la ruptura, sintiéndose despreciado y derrotado en su afán de recuperar su amor, se quitó la vida e inauguró una leyenda que quedó asociada a la historia de esta familia. Mil preguntas rondaban por mi mente mientras conciliaba el sueño respirando el mismo aire que la tía Julia: ¿es que ella todavía lo recuerda y sueña con él? ¿Imagina ella que algún día se reencontrarán? ¿No ocurriría con ellos lo que me contaban en los cuentos de hadas y de princesas dormidas que despertaban por un beso enamorado del príncipe salvador y que en este caso su juramento de amor eterno lo haría revivir a Bonifacio para nunca más abandonarla? ¿Qué podría haber sucedido si estos novios prohibidos se hubieran sublevado para saltar sobre los prejuicios, para animarse a reconocerse solo como dos enamorados con plenos derechos para elegir amarse?

A pesar de la sonrisa a flor de labios que siempre esbozaba la tía

Julia, en la profundidad de su ser ella escondía un duelo imposible de aliviar. Es que Julia nunca jamás volvió a confiar en un sentimiento. Solo una vez ella, la joya de la familia, conoció el amor y pudo haber alcanzado a no responder al mandato de los varones de permanecer célibe, soltera, sola y yerma, pero fue más poderosa la voz machista que sonaba en el interior del castillo que sus nobles sentimientos y su tierno palpitar. La princesa estaba triste y se sabía porqué, sus manos se enfriaron por quedar vacías, su voz se escondió para hablar sólo consigo misma, su mirada se fijaba lejos escudriñando en la ausencia, sus piernas perdieron la agilidad porque no iban hacia ninguna parte luego de haber imaginado que caminarían por tierras españolas en pareja con las de Bonifacio. No aceptó la realidad del abandono, se hundió en el dolor, y la amargura se apoderó de su corazón herido. Permanecía muda e indiferente al ajetreo doméstico de la casa sumida en una melancolía monótona que se extendía sin parar, lo que motivó una consulta médica en la ciudad de Córdoba. Muchas veces ella encontraba consuelo en el estado de contemplación del jardín que se abría en la parte de atrás de la sala central.

También ocupaba, ocasionalmente, ese cuarto, su hermana Eustecia, mujer de carácter que administraba su propio campo situado en San Antonio, departamento de San Martín, limitado al norte por el Arroyo El Talita, donde existía una mina de berilo. Eustecia era diestra en las tareas rurales, vivía sola en medio de una extensa propiedad y no se achicaba ante los peligros, aunque frente a alguna emergencia hacía sonar un silbato para que acudiera un peón de su confianza. Una tarde asistí a su operación de "cortar la tormenta" que consistía en pararse de frente por donde venía el temporal y formar cruces con ceniza en el suelo, para rematar con movimientos al aire en forma de cruz ayudada con un cuchillo grande. La operación se completaba con rezos en voz alta mientras alzaba los brazos con las palmas de las manos bien abiertas. Haciendo movimientos con los brazos, a los costados del cuerpo, ella decía que cortaba el ventarrón.

Las hermanas Eustecia (sentada) y Julia, hijas de Antonio Fernández y hermanas de mi abuelo José Alberto Fernández.

El jardín de los chinos

Frente a la galería se destacaba un cantero circular circundado por una estructura de chapa sobre la que se agregaba un tejido de alambre con terminaciones de ondas para proteger el sembrado de semillas y plantines que cuando florecían llenaban de alegría ese vergel que se volvía mágico. Allí conocí los multicolores de las flores de pensamientos de los que la Ñata decía eran los rostros de chinitos señalando las rajas de los ojos y el centro de las bocas, marcados por la tonalidad intensa de los colores. Yo los miraba extasiada y hasta imaginaba que me hacían guiños moviendo los pétalos y haciendo girar sus tallos, creyendo que habían viajado desde las lejanas tierras de la gran muralla, que era lo único que yo conocía de esa misteriosa cultura a través de algún cuento oriental que habría escuchado narrar. Yo creía que los chinitos eran criaturas inmigrantes que habían atravesado mares y continentes para enraizar allí donde habían encontrado el mejor lugar para detener su largo viaje, y que el dominio de ese jardín casi era un país en miniatura para ellos. Junto con las clavelinas, las fresias y las caléndulas que explotaban en la primavera, los chinitos eran los garantes de las pocas alegrías de la Tía Julia. Ellos eran capaces de lograr que en el rostro de esa mujer se dibujara una nueva sonrisa cada vez que ella, con su habitual delicadeza, les dedicaba sus mejores cuidados procurando mantener la humedad y la poda adecuadas a la estación del año. Los bulbos de dalias y gladiolos se guardaban durante el invierno envueltos con papel de "estraza", al resguardo de la luz y el aire y cuando nuevamente se introducían en el cantero anunciaban la víspera del verano en La Toma. El patio rectangular se completaba con un generoso parral de uvas blancas que llegaba hasta el límite con el excusado; tampoco faltaban los tradicionales limoneros y naranjos que aportaban sus aromas de azahares en evocación de la remembranza española.

La escalera

El ascenso a la planta alta de la casa era el deseo más anhelado una vez que ya había transpuesto la sala y llegaba a la galería que daba al sur. Subir y ver con mis propios ojos lo que me contaban de ese enigmático lugar donde vivía la tía María era otro de los atractivos que no podía dejar de intentar. La escalera se iniciaba al final de la galería y casi al quinto escalón daba lugar a un amplio descanso donde había una puerta baja que se comunicaba con los galpones del antiguo comercio. Los sólidos escalones de madera nunca lucieron lustrados, permanecían resecos denotando el envejecimiento que atestiguaba en su estructura, lo que se dejaba oír en el crujir que producía el movimiento de sus maderas a medida que se ascendía. El chirriar de las barandas y del pasamano no era un sonido inocente, parecía un mensaje en clave, algo que provenía de otra época, de otra dimensión, y comprometía a otras personas. A medida que avanzaba en subir me invadía una sensación helada, algo siniestra e indescifrable, que me impulsaba a retroceder o a detenerme. Durante este estado de zozobra, más de una vez sentí pavor, ganas de bajar los escalones de a dos o tres para llegar rápido a buscar el resguardo que ofrecían las personas de la planta baja. Pero era más intenso el deseo de develar por mí misma lo que yo imaginaba como misterios ocultos. Una vez arriba se extendía un amplio balcón con balaustrada, también de madera, que miraba hacia el jardín de los pensamientos chinos.

La planta alta

En el primer piso existía un apartamento con tres habitaciones, una al lado de la otra, en forma rectangular; dos de ellas aproximadamente de seis por siete metros cada una. Estas piezas tenían ventanas hacia el frente de la casa en dirección del norte, pero la más pequeña, que se ubicaba en el centro, daba al balcón donde estaba el famoso farol colonial. Los cuartos no tenían puertas sino que estaban separados entre sí por una especie de biombos de madera de roble en forma de arco en el que se disponían

estantes con puertas que servían para guardar diferentes cosas. Allí arriba lucían los mejores muebles con fina madera y preciosos tapizados, también había cuadros con retratos y espesos cortinados. Hacia el este se disponía el dormitorio de la tía María, en el cual se destacaba una cama con dosel cubierta por un mosquitero, con almohadones de brocato y quillangos de piel. En la pieza del centro había una mesa cubierta con carpeta y un juego de sillones tapizados. En la llamada "pieza de los muchachos", hacia el oeste, había otras camas, con mesas de luz y roperos que habrían sido utilizadas por Juan y Manuel Fernández, los hermanos más jóvenes de la tía Julia. Todos los pisos de los cuartos eran de pinotea, y los cielorrasos de tela de lienzo grueso pintado con cal que cuando se secaba dejaba caer pequeñas partículas de polvo blanquecino. Recuerdo haber entrado una sola vez a esos aposentos, y aún me parece ver que al transponer la puerta que daba acceso a la habitación del medio, descollaba una biblioteca construida en madera en forma de arco que enmarcaba la entrada hacia lo que se habría usado como escritorio de la planta alta. Esa biblioteca deslumbró mi atención al instante. Es que los libros también eran parte de los tesoros del viejo castillo y es para mí un honor conservar de allí un Dictionnaire Espagnol-Français et Français-Espagnol, de D. Vicente Salvá, vigésima sexta edición, editado en París, Garnier Hermanos, Libreros-Editores, 6, rue des Saints-Pères, que lleva las iniciales P.F. escritas con tinta negra sobre el borde central de las hojas del libro. Posiblemente su dueño haya sido Prudencio Fernández, único hijo de Antonio Fernández, el fundador de la familia, con su segunda mujer Rosa Cabitu o Cabildu.

Don Prudencio era el marido de la hosca señora del rodete y de las polleras largas y anchas como recuerdan que se ataviaba la tía María. Entre ellos existía una rara vinculación porque María Romualda y su hermana Amada eran hijas de una anterior pareja de Mónica González quien después se unió, como tercera mujer, a don Antonio Fernández con quien tuvo doce hijos. Esta prolífera matrona fue la madre de mi abuelo José Alberto y por ello merece que yo la destaque a pesar de no haber escuchado nunca su mención. Justamente mi madre, la primogénita, lleva en segundo lugar su nombre. Mónica falleció a los 46 años en 1903 durante el parto número catorce dejando al pequeño Monitor bajo la crianza y amamantamiento

de su hermanastra Ramona Fernández de Lucero, la primera hija de don Antonio con su primera mujer Ramona Teodora o Telésfora Ortiz. Estos vínculos de parentesco los he reconstituido en ocasión de escribir este relato, habría sido imposible que yo hubiera entendido semejante maraña de filiación con el esquema de la familia tipo que por ese entonces predominaba en mi conocimiento. Prudencio era el único hijo de la segunda pareja de Antonio Fernández y pasó a ser el marido de una hija de la mujer de su padre. A su vez a María Romualda, que también llevaba el apellido Fernández, le nacieron doce medios hermanos provenientes del padre de su propio marido. De ahí las habladurías de que entre ellos eran hermanos de lo cual se derivaba una serie de elucubraciones umbrosas. ¡Tremenda complejidad para hacer un árbol genealógico!

Prudencio se distinguía por seguir un ritmo de vida muy diferente a la de los otros hombres de la familia, se podría decir que era el más citadino de sus hermanos porque tenía predilección por los viajes a Buenos Aires a donde se trasladaba varias veces al año. Era reconocido por su viveza para los negocios y por su habilidad para las vinculaciones con personas de poder político y económico. A la muerte de la tía Julia se encontraron en su cuarto escrituras a su nombre de estancias de muchas hectáreas en la provincia de La Rioja. Su apariencia distaba de la usanza campesina de los otros hombres; vestía con elegancia, usaba polainas, guantes y sombreros, cuidaba su cabello y los bigotes. Él se encargaba personalmente de realizar las compras de vestimentas y joyas destinadas al atavío de sus hermanas. Para eso, antes de viajar, había recolectado los encargos y pedidos del catálogo de Gath & Chaves y anotado los talles y predilecciones femeninos para encargar los diferentes modelos de vestidos, abrigos, sombreros, zapatos y guantes. Sus gustos delicados lo llevaban al Teatro Colón para escuchar música y ver ballet. En la familia Palma recuerdan la Salida de Teatro, que era una capa de terciopelo larga hasta los pies, para asistir a las funciones de gala en el mencionado coliseo.

En realidad no sé bien si cuando yo iba al Castillo todavía existía esa tía paterna de mi madre, pero todos la nombraban a la tía María como si estuviera señoreando desde arriba lo que ocurría en la planta baja. Yo creía que ella imponía los criterios y sobre todo las sanciones ante las faltas a

las buenas costumbres. Era viuda, pero no sé desde cuando, es más, parecía que siempre lo había sido; sin hijos vivos porque se decía que habían nacido muertos, solitaria, casi ermitaña y huraña al contacto con los no familiares. De su cuidado se ocupaba la Ñata, quien le subía la comida, el agua y se encargaba de atender sus pedidos. Si bien nunca constaté que ella bajase esas escaleras, creía que la tía María nos vigilaba desde esa altura en la que se habría retirado para permanecer recluida de la cotidianeidad que transcurría abajo. A pesar de que nunca compartí con ella mi estadía en el Castillo, me interesaba muchísimo por su existencia, no podía entender que no descendiera la escalera y permaneciera ajena a la vida doméstica. Nadie me sabía decir en qué ocupaba su tiempo esta señora, tampoco me contaban sobre sus costumbres, silencio que aumentaba mi inquietud respecto a la naturaleza de su extraña personalidad. A veces yo me detenía en el descanso de la escalera sentada sobre esas maderas agrisadas y con la vista centrada en el balcón acechaba el momento en el que se podría abrir la puerta para descubrir que ella apareciera. Me envalentonaba planeando que si la veía, correría para conocerla. Me daba pena su aislamiento, y no podía explicarme cómo ella podía vivir tan sola. Entonces le preguntaba a la Ñata, que era la única persona con la que se comunicaba, si a la tía María la habían castigado, o le habrían prohibido bajar, o si simplemente estaba muy enojada. Hoy, trato de comprender que tal vez ella vivía decepcionada, sin ilusiones, con resentimiento, o que ocultaba algo inconfensable y no podía compartir con nadie sus amargas decepciones, por eso se asía a las cuentas del rosario para encomendarse, en el más allá, a una mejor suerte.

La cocina

Para llegar a la cocina había que salir a la galería y doblar hacia el este, allí día y noche se mantenían encendidas las hornallas de hierro de la cocina económica, alimentada por leña, en la que había un depósito para calentar el agua y sobre la que hervían las pavas listas para desinfectar las bombillas y cebar el mate. La pátina de hollín ennegrecía las paredes, el vapor del agua caliente humedecía todo el ambiente pobre de luz pero abundante en los olores que estimulaban el olfato, con variedades de sabores exquisitos de los

platos regionales que allí se preparaban. Nunca faltaba el puchero, la sopa y por supuesto la mazamorra que se servía con caldo o con leche azucarada. La única ventana daba a un costado del jardín circular y desde allí se podían ver las plantaciones de las aromáticas que perfumaban las comidas con gusto a orégano, perejil y tomillo. Más allá se instalaba un pequeño gallinero de donde se traían los huevos frescos y las aves para preparar sabrosísimas cazuelas y guisos. Durante el invierno y en los días de fiestas patrias el locro, la carbonada y las empanadas eran los menús privilegiados; pero también se elaboraban pastas caseras acompañadas con sabrosas salsas. Se hacía honor a la tradición española con la preparación de una exquisita e inigualable mayonesa batida con huevos caseros y aceite de oliva, además del pollo y el arroz aromados y coloreados con un genuino azafrán de la más auténtica procedencia ibérica. Traían de otro lado el "charqui" que se obtenía después de haber salado y trozado la carne en lonjas, las que se colgaban para airearlas y conseguir su secado; así se conservaban en buen estado los cortes vacunos que procedían de la faena de los animales de campos vecinos. Antes de preparar una comida se lavaba el "charqui" para quitarle la sal y se cortaba en pequeños trozos para preparar guisos, o se molía en morteros y se reducía a polvo para agregar al "charquican" con una salsa. Algunos alimentos, el "charqui" también, se guardaban en la fiambrera, un elemento doméstico de tamaño mediano construido con madera pintada de verde cuyas paredes estaban armadas con alambre mosquitero tejido fino, que se colgaba en un lugar fresco de la galería para evitar el ataque de las moscas que a ese lugar acudían en invasión. De esa cocina partían los dos desayunos que se servían en la mañana, primero el té de manzanilla que se tomaba bebido es decir sin ningún acompañante sólido, con el que Ñata nos despertaba muy temprano con la indicación de seguir durmiendo hasta las diez horas cuando nos traía un tazón de leche con cascarilla de cacao y rebanadas de pan casero con mermelada. En la cocina mandaba la Ñata. Ella no dejaba que los niños ni la Niña, como la llamaba a la tía Julia, corrieran el riesgo de una quemadura o de tiznar sus vestimentas. La Ñata siempre cubría su ropa con delantales y recogía su cabello siguiendo las precauciones de higiene establecidas. A la tía Julia le gustaba preparar ciertas comidas. Tenía la exclusividad de las tortillas de papa y las exquisitas torrijas de rodajas de pan remojadas en leche,

rebozadas con huevo batido y fritas en aceite, que se servían salseadas con miel de abejas de la quinta, o alguna variedad de arropes. A la hora del postre solían ofrecer los huevos quimbos y los flanes que deslumbraban por el color intenso de los huevos caseros.

Con las frutas de la quinta preparaban en grandes pailas de cobre los dulces de membrillos, peras, ciruelas, duraznos, para todo el año. También las mujeres fueron hábiles para la repostería y eran famosos los pastelitos fritos, los biscochuelos, y hasta las tortas de casamiento con pilares entre los diferentes pisos. Por supuesto el arrope de chañar figuraba en los estantes de la cocina y se ofrecía en cucharas ante la mínima evidencia de un resfrío.

Sobre una mesada de cemento alisado había fuentones metálicos y palanganas con agua para realizar con "lavaza" y lejía la limpieza de la vajilla. Al agua la traían del río en baldes en una carretilla y la depositaban en un tacho cilíndrico de chapa metálica que se ubicaba al resguardo bajo la galería. Para beber el agua se filtraba a través de una piedra especial que le otorgaba un gusto inconfundible.

El excusado

A continuación del segundo patio, en confirmación del dicho popular al fondo y a la derecha, se ubicaba el lugar de menor reputación de la casa por ser el destinado para resolver ciertas necesidades primarias, sobre las que nunca se escuchaba ningún comentario. Por una senda de tejuelas color rojo que se iniciaba en la salida de la galería se llegaba hasta un reducido cuarto, donde el aire circulaba por una pequeña abertura en la pared formada por tres ladrillos en triángulo, y también por luz de las rendijas entre la puerta, las paredes y el piso. Una vez que se abría la puerta solo se mostraba al ras del piso la elevación de una plataforma de material con acabado de cemento alisado y un círculo vacío en el centro. De una apariencia que hoy llamaríamos minimalista ese hueco central dejaba partir aquello de lo que nunca se hablaba. Ese silencio y el vacío acrecentaban una primera sensación de desprotección que se iba debilitando al comprobar que uno seguía existiendo a pesar de la pérdida de una parte propia de la que no se permitía decir nada. Lo que allí ocurría

no se podía nombrar de ninguna manera porque en esa casa nadie pronunciaba las llamadas malas palabras, las ahora rescatadas para el idioma, de las que Roberto el Negro Fontanarosa hizo una ingeniosa alocución y un elogio nada menos que en un Congreso Mundial de la Lengua Española en presencia del Rey Juan Carlos de Borbón. Así era que ingresar a ese lugar innombrable, frío en invierno y sofocante en verano, fuera una provocación para los sentidos del olfato, la vista y el oído que en conjunción devolvían una combinación seductora, ácida, pestilente, hedionda, y hasta colorida con el gris desteñido de las paredes y el rojizo del cemento de la plataforma donde se posaban mis ojos cada vez que yo hacía una pausa para continuar con la función sin nombre, y se veían los moscardones que revoloteaban atraídos por el hedor, escuchándose sus zumbidos entre otros sonidos corporales expulsivos. Ese lugar separado de las habitaciones principales daba permiso a los bajos instintos y dejaba en libertad a la libido amordazada. Estando en su interior se vivía la naturalidad del cuerpo en cuclillas parcialmente desnudo con las nalgas al aire, pero también se percibía el movimiento de lo que ocurría afuera, sintiéndose entonces una rara sensación de hacer algo personal, íntimo y placentero dentro de esas paredes pero en cierta medida expuesto hacia los otros, porque no era estricto el límite de ese espacio con el exterior. Eso mismo alimentaba fantasías de ver y ser visto, de escuchar y ser escuchado con un indudable sentido sensual, lo que agregaba un plus a la curiosidad por entrar a ese cuarto a pesar de las indicaciones de salir de allí lo más rápido posible.

Una serie de advertencias y recomendaciones antecedían el ingreso al excusado; su memorización quitaba espontaneidad a ese acto tan natural y necesario imponiéndose con tanta fuerza que muchas veces uno salía como había entrado, es decir sin que pasara nada de eso de lo que no se podía decir por haber tenido demasiado presente las voces que normatizaban (no existe): "cuidado te podés caer al pozo", "te podés contagiar porque es muy sucio", "no es para quedarse ahí adentro, solo para ir de vientre", "cuidado donde ponés los pies porque te podés resbalar", "no mirés para abajo te podés marear". Aún tan precario y primitivo se imponía el recato en el uso de ese espacio que se limpiaba varias veces al día y se desinfectaba con fluido Manchester. A fuerza de tanto ir para ese lado

de la casa, las prácticas en el excusado fueron liberándose de las prohibiciones y se convirtieron en pequeños momentos de satisfacción que transformaba lo maloliente en fuente de gratificación.

El cuarto de Sarmiento

Vecino directo del cuarto innombrable se encontraba un último espacio lindante con el muro posterior del Castillo en dirección al portón de salida hacia la calle de atrás. Allí se hospedaba Sarmiento, un hombre de edad incalculable que se encargaba de las tareas necesarias para mantener la quinta, para abastecer del agua y de la leña para la casa y también de ir hasta el pueblo para realizar compras, algunos trámites y diligencias. Se trasladaba en su caballo y vestía la típica ropa rural a la usanza de los hombres de la zona en la que se distinguían unas amplias bombachas, camisas limpias, un chaleco con bordados en lanas de colores y una faja que ceñía su fina cintura. Infaltables en su coquetería eran el pañuelo al cuello y el sombrero negro de ala ancha. La piel cetrina, el cabello y los bigotes oscuros resaltaban su imagen de figura delgada pero de contextura fibrosa. Mezcla de prócer y representante folklórico se imponía su imagen en contraste con el resto de los varones que yo conocía. También bordada era la tabaquera y unas alforjas que cargaba en su caballo. Recuerdo verlo armar sus cigarros de tabaco con papeles finos, dándoles la mejor forma mientras los doblaba con paciencia hasta terminar deslizando sus labios, humedeciendo con su propia saliva los bordes a fin de sellarlos para comenzar a fumarlos muy lentamente. Esta simple acción, sobre la que yo concentraba mi atención, constituía casi un ritual que él repetía con destreza y una sutil delicadeza mientras estaba sentado, sobre un banco construido de manera artesanal con maderas y tientos de cuero, frente a la puerta de su habitación. Él consumía su tabaco lentamente y en cada aspiración el humo del cigarro penetraba hasta lo más hondo de su caja torácica, inundando su interior de un vaho relajante y adormecedor. Un ademán curioso de Sarmiento, digno de resaltar, era cuando sus párpados caían al ritmo de la entrada del humo, cerraba los ojos y se entregaba a la placidez que le producía

el placer de cada inhalación.

En su cuarto Sarmiento guardaba todas sus pertenencias, donde se mezclaba el olor del apero de fieltro traspirado que desarmaba después de cabalgar, con el de la yerba y el azúcar para el mate, sustancias infaltables junto al tabaco en hebras; tal vez habría algún alcohol para calentar el cuerpo, mitigar la soledad y esperar alguna alegría, pero yo no sabría distinguirlo de los otros olores. Era un hombre callado pero no taciturno, reservado con la palabra pero comunicativo con su mirada y el interés que concedía mientras uno se acercaba para descubrir quien era en su genuina identidad. No hablaba de sí mismo ni preguntaba sobre los otros aunque con la mirada expresaba que le interesaba mi presencia en esa casa, de eso me daba cuenta cuando le descubría la blancura de sus dientes en una sonrisa. Parecía estar al tanto de todo lo que ocurría en la zona principal de la casa, posiblemente porque mantenía un diálogo discreto y reservado con la Ñata a quien la recuerdo casi en unión con él, porque yo imaginaba que entre ellos se entrelazaban afectos inconfesables pero verdaderos y que los encuentros sucedían en ese cuarto del fondo por ser la zona de la casa más liberada de los prejuicios y las prohibiciones de sus dueños. Juntos en mis fantasías ellos constituían la única pareja que allí habitaba, por sí mismos representaban la necesaria complementariedad entre lo femenino y lo masculino que mi mente buscaba descubrir para encarnar las necesarias teorías sexuales infantiles. Ambos en calidad de criados, servidores y acompañantes convivían con la familia y eran los colaboradores indispensables para el cuidado de la tía Julia y para el buen funcionamiento del Castillo. Anteriormente a Sarmiento esa habitación fue ocupada por doña Salustiana, la de las "patitas overas", en alusión al estampado con cuadritos blancos y negros de sus zapatillas.

Esta era la última pieza vecina al portón de hierro de dos grandes hojas enclavado en el muro del final de la casa. Cruzando la calle había arboledas que daban sombra a unas casas bajas y más humildes, residencias del tío Juan y de mis abuelos, las que enclavadas a los costados del Castillo reproducían el modelo del medioevo donde la plebe que trabajaba para el feudo vivía separada de la opulencia de los dueños de las tierras y de todo lo plantado en ellas.

La Casita Vieja y la Casa Nueva

Al tiempo que yo conocí la Casita Vieja la familia de mi madre se había mudado a la llamada Casa Nueva que distaba unas cuantas cuadras de la zona del Castillo. No obstante se podía recrear perfectamente la vida que allí habían tenido mi madre, sus hermanas y mis abuelos porque en ese entonces se alojaban otros parientes que tenían similares costumbres. Pequeña y modesta, la casa disponía de una reducida cocina, y tres piezas sin comunicación entre ellas, una de las cuales era el comedor y las otras, los dormitorios. Un solado de piedras lajas permitía entrar a las habitaciones que daban a una galería techada con chapas que se abría hacia un patio cruzado por una acequia. Se dice que mi abuela Ana Eduvigis no era hábil para amasar y que cuando lo intentaba y no conseguía el punto justo tiraba, sin contemplación, la mezcla al agua. El fondito se le llamaba al excusado que se disimulaba detrás de unos arbustos. Desde allí hacia el sur íbamos a la casa nueva, atravesando un descampado y admirando el Cerro del Morro, que nuevamente aparecía. Mi madre, adolescente, habría dibujado un modelo y sobre ese inicial bosquejo se diseñó el proyecto que tenía como meta superar la humildad de la anterior morada, así resultó una construcción de dos plantas, sorprendente para la época en que fue edificada. La casa nueva disponía de muchas habitaciones amplias y ventiladas. El cuarto de baño estaba integrado al resto de la casa; la cocina se comunicaba con el comedor por medio de una pequeña ventana para pasar la vajilla y los alimentos de uno al otro lado que se cerraba con una pequeña puerta corrediza que yo usaba como juguete. De esa vivienda tengo recuerdos frescos porque la he visitado recientemente pero prefiero escribir sobre como la recuerdo entonces cuando feliz llegaba al encuentro de mis abuelos y de la tía Pocha. Prontamente me desaparecía del grupo para encerrarme en el comedor porque allí estaba la biblioteca de madera marrón con la colección del Tesoro de la Juventud, que había sido un regalo de mi abuela a mi madre cuando ingresó en el primer grado escolar.

El abuelo José era pura ternura desde la mirada verdosa, que heredó mi madre, hasta sus gestos de levantarme para subir a un caballo alazán muy refinado, que se había mancado por lo que no lo utilizaban

Mis abuelos maternos, Ana Eduvigis Ortiz y José Alberto Fernández (hijo de Antonio Fernández) en la "casa nueva" de su familia.

para montar. Cuando regresaba de la huerta se sentaba en el vestíbulo para hacer un primer descanso. Yo lo observaba y veía que sus amplias bombachas estaban repletas de las agujas de amor seco, que rápidamente me disponía a eliminarlas con la seguridad de que lo podría hacer en un breve rato, y él se reía dejándome creer que lo lograría. Me encantaba que me subiera a su falda, o que sentada a su lado pudiera recostar mi cabeza sobre sus piernas cruzadas. Era callado pero muy afable, tenía corazón de niño y le gustaba jugar con la gente menuda, a la noche con las manos hacía sombras chinescas sobre una pared iluminada y nos hacía adivinar las diferentes formas, el perro que ladraba, la tijera que cortaba, y otras más. A pesar de que sus manos parecían forjadas por la dureza que le habían dejado las tareas rurales, era delicado para los movimientos que hacía con el juego del elástico y con ciertos pases mágicos para simular que le habían cortado el dedo pulgar. Un juego que acaparaba mi atención era formar familias con los distintos minerales de la colección de mi abuelo de los que el ónix era el preferido; a los berilos, cuarzos blancos y rosados, granitos, micas y mármoles les hacíamos cumplir funciones de baile, de combates, de amoríos. La abuela Eduva contrastaba con el abuelo por la seriedad de su semblante y la dureza de sus opiniones, era tan estricta que yo creía que delante de ella me equivocaría en cada cosa que hiciera. Estudiosa, de mayores conocimientos que el resto de la familia, había viajado por otras ciudades y llegó a ser Presidenta del Partido Demócrata Liberal del lugar, e integraba el grupo de las Damas de la Misericordia en la Iglesia. Esas características provenían de una disciplina sin dobleces cumplida desde muy pequeña, y así se la transmitió a sus hijas. Era maestra unipersonal de las escuelas rurales de La Totora y de La Toma, y en su automóvil Ford A, a "Bigote", que ella misma conducía, recogía a sus alumnos por el camino. Mi madre compartía esos viajes e intercambiaba con los compañeros las meriendas, prefiriendo ella las tortas fritas y los bizcochos blanqueados que los otros chicos llevaban.

De la limpieza de la pajarera se encargaba la tía Pocha y ella me instruía sobre las distintas aves que allí vivían, la reina mora, el corbatita, el zorzal, unos cuantos canarios, unos loros parlanchines y las chismosas cotorritas. También con ella conocí la "chancua" para alimentar a las aves

de corral, que las había de todos los tipos.

El aljibe, el tanque australiano, las acequias y el molino; la quinta, los corrales y galpones. Todo está estampado en su lugar original junto al paso de los caballos, el mugido de las vacas y el hedor de los cerdos. Maravillosos e irrepetibles han sido los lirios y los cuetes como llamaban a esas flores color anaranjadas, las manzanas, las peras y los duraznos de excelente tamaño y sabor que se encontraban en la quinta.

Un día empezaron a extrañar que no había huevos frescos para recoger en el gallinero aún cuando se había escuchado cacarear a las gallinas ponedoras, hasta que se descubrió que no era obra de la tropelía de las comadrejas sino de mi padre, durante el noviazgo con mi madre, quien sorbía los huevos recién puestos perforando las cáscaras.

Sobre las costumbres de los viejos lugareños

Para la economía del hogar se usaba la libreta anual, sacaban al fiado hasta cobrar la cosecha o vender animales, en época en que no cambiaban los precios. Era raro que se manejaran con dinero, hasta las herramientas se podían comprar así. En la casa se hacía todo lo que se necesitaba para subsistir, desde la ropa, los tejidos, las velas, el jabón, los dulces, los quesos, la manteca; molían el maíz para hacer la mazamorra.

Todas esas casas alrededor del Castillo tenían quintas con verdura y se intercambiaban los productos. Los árboles de la quinta de la tía Julia provenían de injertos de plantas originarias de España, por esa razón tenía una variedad excepcional de frutales, la Pera Abrileña, la Chata, la Perita Urraca, la William, dos clases de Peras de Agua, y unas peritas verdes muy pequeñas. Eran codiciados los espárragos, como no los había en otra quinta. En el centro de la quinta había un palomar de ladrillos, para que las palomas hicieran sus nidos, en su parte superior tenía la misma forma del castillo; todavía se conservan los cimientos y una alzada de sus muros.

La mayoría de los varones trabajaban en el campo desde la madrugada cuando comenzaban con el riego para el sembrado, con el arado a caballo y el ordeñe de las vacas que debían terminar a las seis horas para salir a repartir la leche, tenerla lista para los que se acercaran a retirarla, o

separar la que se reservaba para la producción de quesos y mantecas. A las once de la mañana volvían a la casa donde se reunían para tomar mate, leer los diarios de días anteriores, y hacer los comentarios sobre la jornada rural. Para la lectura del diario en cada hogar había un lector designado como María Isabel que leía en casa de los Lucero. Por las tardes, los parientes se reunían en rueda en la casa de tío Monitor, se tomaba mate con pastelitos o tortas al rescoldo, conversaban de política y de lo que había pasado en el día, a veces le daban cuerda a la vitrola para escuchar música y hasta bailaban con las jóvenes.

En carros se enviaban cueros y mármoles para Santa Fe y de vuelta traían yerba y azúcar para abastecer a los pobladores vecinos. La producción agrícola consistía en granos y la fruta en verano, que servían para el suministro casero y la venta en el pueblo.

Solían reunirse a jugar al billar en una amplia sala, con ventiladores de techo, contigua al escritorio de la planta baja, donde había una mesa con paño verde y gruesas patas talladas. Solo una vez escuché que se organizaban peleas de perros. No faltaban los jugadores de naipes, de la taba, la lotería en el invierno, pero no todos gustaban de las cuadreras que se corrían en los campos lindantes. Para las Fiestas de Fin de Año se reunían para almorzar en la casa de los Palma, o en lo del tío Monitor, bajo la arboleda de las plantas de moreras.

Los hijos de crianza

Algunos eran hijos naturales que recibían este nombre porque no habían sido reconocidos por el padre y llevaban el apellido materno. Eran originarios de la zona o bien de parajes cercanos, pero no se comunicaban asiduamente con sus propias familias. Cedidos a la voluntad de quien los podría alimentar se sometían a un trato sui géneris que no podría caratular de familiar en sentido estricto, pero tampoco de indiferencia hacia su suerte y su destino. Colaboraban con la atención de las tareas domésticas y con las actividades productivas, de igual modo que el personal de servicio, pero no recibían jornales, no eran dueños de nada ni participaban en las ganancias respectivas. La diferencia estriba en que conocían como la

palma de su mano la intimidad de la familia, vivían en la misma casa de los patrones, comían idéntica comida y eran acreedores de sus secretos por lo que se ganaban la confianza de los criadores.

El rostro sonriente de la Ñata se asomaba tras los visillos de los vidrios de la puerta de entrada, para cerciorarse de los datos de nuestra presencia, que su fino oído le habría advertido. Se podría decir que la Ñata tenía oído de tísica, que era una expresión que se usaba en ese entonces para dar a entender que alguien oía aún tras los sólidos muros de la casa, yo creo que en ella se cumplía al pie de la letra que escuchaba hasta el silencio porque estaba enterada de todo lo que ocurría por el lugar. Ella era la primera en detectar el primer sonido de la C.I.T.A, el transporte que en ese entonces arribaba a La Toma Vieja como destino obligado de los pasajeros y las encomiendas provenientes de las ciudades de San Luis, Villa Mercedes y de los alrededores. La Ñata era encantadora con su charla amena, con su tono de voz "chuncana" y cantarina, desde siempre era la fiel asistente de la tía María porque habría sido dada a ella, en crianza, por su familia en la estancia La Atalaya. Juntas habían vivido en Villa Mercedes donde la Ñata habría aprendido corte y confección. La fidelidad sin cuestionamientos hacia su criadora, tal vez, le hizo seguir el mismo destino triste de no poder asumir libremente y sin prejuicios la realidad de su femineidad que ella compensaba con una actitud de plena generosidad y altruismo. A Sarmiento no se lo recuerda por realizar con afán las tareas que se le encomendaban en la quinta, daba a entender que él no era hombre de labranza sino de contemplación y pensamiento. Lo cierto es que la mayor exigencia de su criadora, la tía Julia, era mantener la provisión del riego, para lo cual tenía que cuidar la limpieza de la acequia por lo que andaba con la azada al hombro y un balde en la mano derecha. Más adelante compró una bicicleta y desaparecía los fines de semana. A ambos la tía Julia los retribuyó con dos terrenos en el pueblo. La familia Lucero se quedó con Dina, una simpática mujer de estatura pequeña, histriónica y comediante que fue criada sin mayores diferencias con los hijos propios. Aunque no lo sé con exactitud, algo escuché sobre que eran primas con la Ñata, pero también los tres, primos con Sarmiento. ¡Vaya enredo de datos entre ellos! El reconocimiento tardío de este parentesco es un indicio

de cómo la separación desde pequeños los mantenía alejados. Estos tres permanecieron con la familia, pero otros que también habían recibido la crianza por delegación de sus familias de origen, se fueron de adolescentes a probar otros destinos.

El personal de servicio

Al servicio de los más acaudalados dedicaban su tiempo y su cuerpo hombres y mujeres pobladores de las cercanías de las propiedades de los Fernández. Para los dueños de la tierra era imprescindible contar con su trabajo pero la paga era muy reducida en dinero y se compensaba con la dádiva de ropas usadas, zapatos viejos y la comida que sobraba, más los productos de la tierra que se cosechaban, frutas frescas y disecadas, verduras, cereales, leche. A casi todos se los recuerda sin sus apellidos, posiblemente ellos repetían una historia de criados que les antecedía, en uniones naturales de sus padres sin legalización ni papeles que reconocieran la paternidad, ni la herencia de un nombre propio. Cada uno le correspondía a un dueño de casa en virtud de haber sido acogido la primera vez; algunos vinieron de otros lados pero se afincaron con los Fernández hasta el fin de sus días; aunque también hubo quienes después emigraron a centros más importantes. A muy pocos se les daba casa y comida porque ellos tenían sus ranchos y su familia cerca del Río del Rosario, de allí proviene que se los identificara residiendo por la zona detrás del río. Se trasladaban hacia las casas de la Toma Vieja, lo que no hacían sus patrones hacia las de ellos, porque los más adinerados desconocían el sitio exacto de su residencia, solo bastaba saber que provenían de allá abajo, y no sería demasiado complicado llegar hasta sus humildes residencias en caso de emergencia o extrema necesidad. No hacía falta llamarlos, ellos llegaban por sí mismos porque venían urgidos por alguna carencia y con la expectativa de que allí pudieran saciarla con algún dinerillo, o con especies. Caminando llegaban a la Casita Vieja de mis abuelos, al Castillo y a las otras viviendas vecinas, pedían algo para comer y pasaban derecho a la cocina donde se les servía un tazón de aluminio enlozado de leche con cascarilla, acompañado con torta al rescoldo; se les daba frutas y verduras de la huerta, algo de carne que había sobrado de una faena

o los restos de las comilonas de las reuniones políticas.

A las mujeres, durante el embarazo, nadie les deparaba una atención diferenciada; al tiempo del parto desaparecían de la casa, volvían sin los niños y sin reclamar ninguna compensación. Nunca se los veía con sus propios hijos, pero sí se encargaban de atender la crianza de los hijos de los patrones. A las mujeres les encargaban la alimentación, la higiene y el cuidado de los pequeños, mientras que a los hombres se les pedía que les enseñaran a los varones las costumbres del campo, el manejo de los caballos y los secretos del cultivo de la tierra. No se los maltrataba ni menospreciaba pero sí se mantenían las notables diferencias sociales con los patrones; diferencias de espacio, de permanecer en las casas en las zonas más distantes de donde transcurría la intimidad de ciertas conversaciones o transacciones, de ocupar en las viviendas los sitios donde se realizaban las tareas más sucias como la cocina, los galpones, de comer en la cocina, de realizar las tareas que exigieran mayor fuerza física y expuestos a las inclemencias del duro clima de la zona.

De las tareas domésticas en la casa de mis abuelos se encargaba doña Cleofe, una mujer muy sencilla, directa en sus expresiones y determinaciones. Vestía siempre con pollera angosta y camisa, llevaba un delantal para proteger la ropa limpia. Tenía su habitación en una pieza separada de las otras lo que le daba cierta independencia a la hora de buscar alguna satisfacción. Nadie la recuerda embarazada pero tuvo tres hijos que serían criados por su familia allá abajo en la zona del río. Don Néstor y doña Solana llegaban caminando tirando los burritos con las alforjas de tela dura de carpa, cargadas de leña cortada para alimentar las cocinas de hierro. Vivían al otro lado del río, pero recorrían más de dos kilómetros para vender su mercadería en el pueblo. Cuando faltaban a este reparto se sabía que se debía a que les gustaba el trago y era cuestión de esperar que cediera la resaca. Un empleado de confianza de mi abuelo era don Benicio, al que se le otorgaba la responsabilidad del cuidado del ganado vacuno y de los caballos, "llevarlos al agua", juntarlos para la yerra. Doña Justa, a diferencia de otras mujeres, tenía marido y casa en La Totora. Su obligación era hacer la comida, y la limpieza de la casa que era muy pequeña, por lo que no le deparaba gran esfuerzo. Su esposo don Regino Gatica, el domador de caballos, poseía

una valorada capacidad de rabdomante, sensible a las variaciones del campo magnético que indican la existencia de napas de agua, con una horqueta indicaba donde se debía hacer la perforación. Doña Clodomira, apodada Clodo, lavandera, llevaba el atado de ropa sucia o limpia en la cabeza, vivía cerca del río en un ranchito. Delgada, de rostro alargado, vestía pollera larga y ancha. En esa época se lavaba a la intemperie, en un fuentón de lata, y se usaba la tabla de madera para refregar aquellas manchas rebeldes que no cedían a la acción del pan de jabón color amarillento. La ropa blanca se ponía a blanquear con la infusión de un yuyo, del cual no recuerdo el nombre, se completaba este tratamiento con la pastilla azul de Brasso para otorgar resplandor a las prendas. El trato con ella no incluía el planchado de la ropa, de lo que se encargaba otra mujer que usaba una plancha a carbón de esas tan pesadas que cuando se levantan dejan temblando la mano. Doña Clodo no era de mucha charla, todo lo hacia en silencio y muy concentrada como cuando pelaba duraznos para hacer descarozados.

A las niñas de la Casita Vieja las asustaban con don Gabino Gauna, a quien se le tenía miedo no sé bien porqué. Se destacaba por ser corpulento, llevar sombrero y usar bombachas anchas. Dedicado a la crianza de cabras vivía para la zona del sur, y se destacaba en el trenzado de los lazos de cuero. Caminando, aparecía de visita, sorpresivamente, buscando conversación con mi abuelo José. Don Martín Orellano u Orellana era el herrero de la Toma Vieja, vivía solo, muy cerca de la Casita Vieja en la misma herrería; trabajaba con la fragua y el yunque, martillando todo el día para conservar en perfecto estado las herraduras de los caballos y las herramientas rurales. No hay duda que para doña Pompa fumar era un placer como reza el tango. Se llamaba Pomposa pero todos la conocían por doña Pompa, y se la identificaba desde lejos por el humo de los cigarrillos armados de tabaco negro, que permanentemente fumaba. Tenía una característica propia para fumar porque al humo no lo despedía por la nariz, sino por la boca haciendo un sonido suave y rítmico. Usaba una carterita de cuero con prendedura de metal en la parte superior para guardar la cigarrera, una bolsa tejida al telar para contener el tabaco y el papel de armar. Llegaba caminando a la Casita Vieja y se sentaba a conversar con mis abuelos, sin dejar de fumar, luego seguía viaje hacia el pueblo o de vuelta para su casa. De la quinta de mi abuelo José

se encargaba don Cátulo Miranda, hombre flaco, más alto que los otros, que usaba bombachas anchas y gorra en la cabeza. Don Modestino era el peón de la casa de mis abuelos, usaba una pieza cerca del gallinero y comía de la misma comida familiar. Era un hombre muy callado, solitario. Cuando dejaba la casa los fines de semana, volvía a media noche a los gritos denunciando una profusa borrachera que lo dejaba dormido por varias horas. Usaba bombacha angosta y siempre calzaba una gorra. A pesar de no ser muy comunicativo era amable.

Muchos otros nombres han quedado unidos a las familias de La Toma Vieja por haber compartido horas de trabajo y de participación en la vida que allí se desplegaba, todos ellos recordarán como yo las bondades de ese lugar.

Los visitantes

La Toma Vieja concitaba el interés de diversas personalidades que llegaban atraídos por diferentes motivos. Entre los invitados más distinguidos figura don Hipólito Yrigoyen, amigo personal de Prudencio Fernández, y su hermano que había sido canciller en Chile, del que había una foto enmarcada en el escritorio; en verano paseaban por el campo en carruajes. Los que se dedicaban a la política contaban con las comodidades del Castillo para organizar reuniones con los dirigentes del Partido Demócrata Liberal provenientes de la Capital y de las localidades vecinas, como lo atestigua una fotografía de 1939 tomada por José La Vía, que figura en el Archivo Histórico de la Provincia, en la que se ven varios autos y hombres con sombreros. Entre los asistentes más renombrados se recuerda a don Toribio Mendoza y su nutrida comitiva. Para todos ellos se preparaban sabrosos asados y empanadas.

Por lo menos dos veces al año integrantes del Clero se trasladaban al pueblo para el oficio de las comuniones, confirmaciones y algunos casamientos, ocasión en que el Obispo y los sacerdotes asistentes eran invitados al Castillo para almorzar y dormir una buena siesta.

Un personaje inolvidable por su picardía y sentido del humor fue don Aparicio Olguín quien aparecía caminando desde el pueblo para visitar a mis abuelos pero no sin saludar primero a la Niña Julia como respetuo-

samente la llamaba. De mediana estatura, morocho con lunares en el rostro y cabello entrecano. Vestía ropa oscura, traje de pantalón y saco a lo que agregaba el chaleco los domingos, y en eso se distinguía de los campesinos y de mi abuelo que preferían vestir con bombachas y faja de lana negra a la cintura y andar con alpargatas. Se lo reconocía por el sombrero de ala corta, de fieltro en el invierno y de paja en el verano. Muy observador del alma humana y gran conversador sobre diversos temas, era el centro de atención cuando se reunía con la familia y hacía largas narraciones. Contaba anécdotas que parecían hechos reales, no importaba sobre qué asunto fuera, porque lo divertido era escuchar con cuanta pasión él buscaba entretener a sus oyentes. La descripción de sus comentarios se acompañaba de graciosos mohines que le daban un sello único a sus palabras. Durante las conversaciones, mientras él escuchaba, miraba de reojo, se tapaba la boca y dejaba soltar una risita comprometida. Tenía la propiedad intelectual de unos dichos muy ocurrentes, y acentuaba las últimas palabras que había pronunciado su interlocutor haciendo notar que él percibía algo más de lo expresado. Su afición por la lectura lo llevó a colaborar en la redacción de periódicos hasta conseguir el puesto de corresponsal del diario Centinela de Villa Mercedes. Siempre llevaba un cuaderno bajo el brazo donde registraba sus apuntes, lo que le hizo ganar el apodo de Sobaco Ilustrado. En un momento anduvo colaborando con el funcionamiento del Registro Civil del pueblo y se daba el dique de ser funcionario. Mi abuelo José le prestaba una casita en un terreno de su propiedad cerca de la escuela del pueblo y por esta razón él le estaba muy agradecido. Sin mujer, ni hijos, siempre andaba solo aunque hablaba con afecto de un sobrino que vivía en Villa Mercedes. Con sus cuestiones personales era muy reservado, si alguien le hacía preguntas él no se animaba a contar la verdad, todos suponían que él sabía más de lo que decía. Por el afán de ser distinto se esforzaba en hacer notar que era instruido y muy informado entablando conversaciones sobre temas de la actualidad, y comentando acerca de las lecciones morales que les impartía a los alumnos y los jóvenes docentes de la Escuela Primaria Nº 114 donde había trabajado de preceptor.

La ceguera de José Antonio

De la primera pareja de Antonio Fernández con Ramona Teodora Ortiz nacieron tres hijos, Josefina, Ramona y Domingo Fernández. Josefina se casó con Palma oriundo de Bella Estancia, un paraje ubicado en dirección de las Sierras de las Quijadas camino a San Juan. Ramona se casó con Antonio Lucero y tuvieron varios hijos. De todos ellos quiero recordar a José Antonio quien despertaba en mí un interés extraordinario porque había nacido ciego. Siendo el primer ciego del cual yo tuve conocimiento aprendí sobre la diferencia de nacer ciego o devenir ciego, cuestión fundamental como diría Sábato en su conocido informe.

Las horas y páginas de cuentos del Tesoro de la Juventud en mi haber, me habían familiarizado con las maldiciones que recaían sobre algunas personas a quienes un brujo o una hechicería le habrían quitado la capacidad de ver, o a esos otros que un líquido ácido le habría anulado la función de sus ojos. Esa era una clase de ciegos que tenían el privilegio de haber visto el mundo y conocer de manera directa parte de la creación. Pero José Antonio constituía una rareza excepcional sobre el que yo me preguntaba qué representaciones habría construido en su mente. Diría parafraseando a Saramago que a partir de la ceguera José Antonio se preparó para sobrevivir trasponiendo esa limitación sensorial gracias al entorno que jamás lo discriminó. Vivía con su familia paterna en una casa frente a los pilares de entrada al Castillo, cruzando la ruta. Sus hermanas María Ema y María Emilia, maestras vocacionales, le enseñaron a leer mediante un ingenioso método que idearon especialmente para él y que consistía en presentarle progresiva e individualmente las letras del abecedario en cartón recortadas para que las pudiera diferenciar y reconocer a través del tacto. A medida que él fue creciendo le incorporaron el método Braille que le abrió el camino de la lectura. Los Lucero siempre lo consideraron igual que a todos, a pesar de su ceguera, al punto que Yolanda Palma casada con su hermano Cecilio tenía la costumbre de preguntarle:

- José, ¿no vio tal cosa? A lo que él respondía.
- Sí, ya se la traigo.

No disponer de los ojos para ver, tal vez hizo nacer en José Antonio

la capacidad para recrear un espacio desde otras referencias, distintas en prioridades a las de nosotros los videntes. El relieve de los elementos, sus aristas, los pliegues, las ondulaciones, las hendiduras daban forma y textura a las cosas jamás vistas. José Antonio había desarrollado una fina sensibilidad para captar los realces de todas las superficies de los objetos que iba conociendo por lo que el contacto directo de sus manos con las cosas era una de las maneras que utilizaba para conocer el mundo. El cambio de la temperatura que se producía en su rostro y en sus manos frente a la proximidad de la materia, adquiría el valor de los datos de una brújula y le permitían orientarse ante la presencia de los otros. Por la vibración y la resonancia que le generaban el eco de los cuerpos a su alrededor podía él ubicarse en el sitio sin abalanzarse ni titubear, por eso él depositaba una enorme confianza en los datos que registraba a través de la mínima sonoridad. Al efluvio que llegaba a su olfato lo descifraba en una variedad de aromas que se correspondían con las emanaciones de los seres vivos y le daban una pauta de las emociones que circulaban, de esa manera él podía distinguir si se aproximaba un niño, una joven, una mujer madura o un anciano y encontraba las palabras precisas para saludarlos, sin confusión, a cada uno.

Sin dudas el medio privilegiado para enterarse de cómo era la realidad fue su oído afinado cual precioso instrumento, que le permitía captar cualquier cambio que ocurría en el ambiente y obtener la información del estado de las personas, de los animales y del clima. Su oído se acompañaba de una aliada excepcional, del mejor invento que le proveía la tecnología de ese entonces, como fue la radio a válvula, aunque también hizo su experiencia con la radio galena. Compañera de muchas horas del día y de parte de la noche, porque en esa época era limitado el tiempo de la emisión radial, ese antiguo artefacto se convirtió en una prótesis indispensable de la cual dependía para desempeñar un privilegiado papel en la familia. Durante la Segunda Guerra Mundial, adquirió casi el oficio de informante cuando oficiaba de encargado de mantener al día, con las noticias que partían de Europa, las preguntas de los allegados respecto al avance del nazismo y la participación de los Aliados. A partir de los reportes radiales llevaba un registro de los bombardeos, las invasiones, los

muertos y las destrucciones de las ciudades. Con paciencia su mano hacía mover el dial hasta ubicar el ajuste de onda y acallar los ruidos que se superponían a la voz de los locutores que difundían el noticiero del día, con los cuales entablaba diálogos imaginarios. En su caso la tecnología radial contribuyó a compensar su limitación y él se amigó con ella aprovechando diversos programas de aprendizaje e información general. Así llegó a aprender inglés y poseer un caudal de conocimientos sobre política nacional e internacional superior a cualquier otro nativo de la zona. Manejaba la vitrola y el gramófono para escuchar, sobre todo, música clásica. El embeleso que le producía la música se dejaba ver en su rostro que denotaba que los sonidos lo transportaban hacia otros escenarios donde, con suerte, se imaginaría feliz y completo.

Yo no podía quitarle los ojos de encima a José porque aún sabiendo que él no podía ver creía que algún milagro le podría restaurar esa destreza no nacida. Mientras lo miraba lo sentía un misterio, una rareza extravagante, porque no entendía cómo podía responder como los otros careciendo de una aptitud tan esencial. Mi dilema radicaba en su posibilidad de figuración de las cosas dado que para mí "ver con los ojos" era el fundamento para obtener una noción acerca de los objetos y de las figuras. Nunca le dirigí la palabra porque no estaba segura de cómo debía hablarle, qué términos debía utilizar para preguntarle qué aparecía en su mente, si es que tenía algunas imágenes, cómo había armado sus representaciones sobre la existencia. Era tal la impresión que me producía su presencia que cuando volvía a Villa Mercedes yo jugaba a practicar de ciega, cerrando los ojos, caminando sin ver, probando mantener el equilibrio mientras ascendía una escalera, palpando los objetos cercanos y aguzando el oído. En fin, la irrefrenable inclinación a dejar de ser uno, a probar sentir lo diferente e imaginar ser otro.

Epílogo

Los ciclos de vida se han cumplido, las evocaciones de mi madre permanecen en mí vigorizadas por la fuerza del amor.

Por hoy cierro la reja dejando atrás el juego del balancín y sabiendo que allí dentro entre sus muros permanecerán las memorias primarias, esas que nos acompañan siempre más allá del olvido y la ingratitud, porque pertenecen a un mismo linaje y conforman una misma historia.

La Casona: vista actual de su fachada.

De cuando conocí a Emilia y otros cuentos

Jorge Osvaldo Entre Ríos

Jorge Osvaldo Entre Ríos nació en Villa Mercedes (San Luis) el 28 de noviembre de 1969.

Cursó estudios terciarios de Técnico electrónico, Derecho y Filosofía y Letras en la ciudad de Córdoba.

Ha publicado cuentos en la revista "Temas", del periódico *La Voz del Interior,* en Córdoba. Actualmente se encuentra escribiendo una novela, titulada *Cartas de Leones Corderos.*

En la actualidad reside en la localidad de La Toma, provincia de San Luis.

Para Sabri y Francisco

ESO DE QUERER PENSARTE Y NO QUERER VERTE, PORQUE PARA PODER PENSARTE HACE FALTA QUE NO ME OBNUBILES CON TU MIRADA...

De cuando conocí a Emilia

No tengo hígado, ni corazón, ni páncreas. Tampoco poseo intestino grueso ni delgado, la aorta no existe y se me ha desaparecido la vejiga, la nuez de Adán, el colon y ningún resto óseo ha quedado…
¿POR QUÉ, CUÁNDO NO ESTOY CERCA DE TI, ME SIENTO TAN VACÍA POR DENTRO ???

CAPÍTULO UNO

La conocí un domingo de enero, jugando a las escondidas en el campo de la estación de trenes, cuando todavía teníamos que tener cuidado de que no nos pasara por encima algún tren de carga. Lo primero que me impresionó de ella fue ese olor a boca de dama que despedía después de la merienda. Me parece que el hecho de que no nos hubiéramos visto antes se debía a que íbamos a grados diferentes. Desde ese día me empecé a preocupar por tener las manos limpias y el cabello peinado. Comencé a entender eso de pensar en otra cosa que no fuera el partido de bolitas del otro día y cómo recuperar la lecherita que el Monstruo Aguilar me había ganado el día anterior.

Con el tiempo, con unos años más encima, también entendí que los nudos en la panza, los insomnios calculando qué decir cuando la tuviese en frente y la manía por la limpieza que se había apoderado de mí, no eran síntomas exclusivos de mi persona, sino que todo el mundo sentía lo mismo en igual situación. Por ejemplo, Roberto leía poemas y había, según él, encargado una crema para respingar la nariz y decía que un tío suyo le contó que era suficiente con mirar fijamente a la nuca a la chica en cuestión, para que esta correspondiera a sus sentimientos. Otros trataban de impresionar en los recreos con habilidades dudosas de superhéroes, y, gracias a Dios, y para buenaventura mía, sacarse un diez o contestar primero la pregunta de la maestra tenía buena chapa.

El tiempo, inevitable borrador de pizarrones en los que garabateamos nuestras vidas, ha desdibujado recuerdos. El tren no pasa más, el cine, con

sus cómplices matinees de domingos por la tarde ha dado lugar a una sede partidaria y gritar viva Perón ya no tiene las connotaciones de esas épocas.

Emilia me parece que tenía los altibajos propios de una chica de nueve. A veces volvíamos juntos de la escuela y podía pasar de llevarme la campera a patearme el portafolio. Alabar mis dotes intelectuales o reírse de que siempre me dejaran fuera del equipo de fútbol de la escuela. Yo admiraba sus rodillas siempre sucias o lastimadas, su capacidad innata para subir a buscar frutos en un árbol que los daba en la ahora plaza Arco Iris.

El club Recreativo nos quedaba de paso y era una obligación entrar a la cantina a jugar al metegol. Recuerdo de esa época el taxi Crevrolet 400 de don Melo, estacionado en la terminal, la estación de servicio de don Arístides y, cruzando las vías pegado al cine, el bar de doña Zulma Castillo. Calles de tierra, viento norte y algún croto descansando al costado del galpón del ferrocarril.

CAPÍTULO DOS

La tierra, acumulada por días entre los dedos, no había aflojado ni siquiera con dos horas de bañarse en las aguas del balneario.

-¿Vamos a buscar peras a la quinta?- preguntó Juanito sin dejar de mirarse fijamente los pies, buscando la forma de sacarse la mugre.

La quinta nos quedaba de paso al regreso al pueblo. Pegada al Castillo de los Fernández, en el que funcionaba un bar, al cuál lo mirábamos sólo de paso porque nunca nos alcanzaba para la coca de vidrio de litro.

-Mejor vamos hasta el embalse a ver quién lo cruza más rápido- contestó Eduardo.

Eduardo era el deportista del grupo. Tenía aires de niño rico. Su padre había encontrado la veta al dinero abriendo una marmolería. En el pueblo era común ese oficio. El Ónix era la piedra vedette de la zona y el que la sabía trabajar, haciendo de ella desde un cenicero hasta una escultura de caballo, podía vivir bien y hasta progresar.

Yo apenas los escuchaba. Esos códigos de amigos que hacían imposible decir no a una bicicleteada al río, me habían privado de ir a jugar con Emilia. Aparte que mis amigos hubiesen estado burlándose por

días. Estaba bastante temeroso de que se enojara conmigo y las cosquillas en la panza empezaban de nuevo.

No contesté ni a la invitación al embalse ni a la quinta. En otra ocasión, sólo para contrariar hubiese retrucado ir a juntar espárragos al campo de las niñas Palma. Vivían solas entrando por la curva que va al embalse. Habían sido maestras y les quedaba de esa época la paciencia para no sacarnos a los piques cuando entrábamos a escondidas.

CAPÍTULO TRES

La casa la veía inmensa. No tenía muchos ambientes pero cada uno era enorme. El callejón era famoso por su oscuridad, sus historias de duendes y, entre mis amigos, por los tordos arremolinados en los siempre verdes que invitaban a la gomera. Vivíamos bien. Los ochenta fueron buenas épocas, por lo menos para nosotros que estábamos entre los diez y los quince y no teníamos mucha idea de inflación, retorno a la democracia, guerras y paros docentes de tres días a la semana.

Me recosté en mi cama, envidiando la del lado. La de mis abuelos, que causaba curiosidad por que tenía un bordito al medio, como un biombo que separa intimidades, como un ejemplo de que con el paso de los años se disfrutan otras cosas de a dos.

Gastón me había dicho que nosotros, él y yo, teníamos una ventaja con respecto al resto. Mi madre y la de él eran madre y padre a la vez y eso significaba palizas más suaves.

De todos modos, ese día a mí se me pasó el tiempo jugando con el trompo a la Troya en el bajo y no había sido nada suave la paliza. Mañana, pensé, quizás Emilia se daría cuenta de un par de chichones y entonces debería recurrir a alguna fábula de peleas entre ¨hombres¨.

¿Alguien sabe o recuerda lo que significa tener diez años? ¿Alguno quizás recuerde lo que significaba tener diez años en el ochenta, en nuestro pueblo?

Las palomas revoloteando en la molienda de la Coya, los bretes de la estación, la 114 en el bajo, la 227 en el bordo, el cine, la payana con los Morales, los hijos del jefe de estación y el inefable tren pasando a la una de la madrugada a Villa Dolores.

CAPÍTULO CUATRO

Retrocedí lentamente, dejándole lugar a Miguelito para que le alcanzara la jarrita con vino santo. No sé si se dio cuenta pero yo sentía un sudor frío en mis manos. El haberme descubierto el callo viejo y sucio en mi índice derecho, fruto del piolín del trompo, había hecho que diese un paso al costado para no servirle el vino al cura, tarea propia de mi condición de monaguillo.

Yo iba a la parroquia por dos razones. Una, que era temeroso de Dios con todo lo que eso implica a los diez años. Y la otra por que iba Emilia.

No sabía si confesar o no que estaba enamorado. Aparte no sabía a ciencia cierta si lo estaba. Y tampoco sabía si era pecado o no. Y si lo era, si era venial o mortal. El pecado, digo. Por ejemplo, era pecado mortal no ir a misa los domingos. Y era venial, decir malas palabras. O sea, si yo insultaba a un amigo con palabrotas, era menos ofensivo para Dios que si faltaba a la comunitaria del domingo.

Aunque Raúl Bosco, el sacerdote, quizás nos encajara un zamarreo si nos peleábamos entre amigos en el patio de la parroquia y ahí no había pésame que valiera.

Emilia iba con su madre los domingos. Se la veía extraña en misa, tan bien arreglada y con las rodillas limpias. Yo, en ese tiempo, tenía el privilegio de haber rozado dos veces sus manos. Una vez, en la canchita de fútbol de Barracas y otra a la salida de misa. Me había dado la impresión que eran de dos Emilias distintas.

El Padre Raúl se había dado cuenta de mi callo en el dedo. Estuve meses sin ser monaguillo.

CAPÍTULO CINCO

¿Por qué, cuando somos adultos, nos dura tan poco el amor? ¿Será que lo idealizamos? ¿O quizás es que nos traicionamos más rápido?

Cumplí doce años. Estaba igual, sólo un poco más alto. El pueblo estaba igual. Mis amigos seguían siendo los mismos. Seguía viviendo frente a la estación. Y… seguía enamorado de Emilia.

Esto no significaba que todo siguiera igual. Estaba un poco desilusio-

nado porque los juegos en los bretes ya se realizaban sin su presencia y, en cambio, esperaba el domingo ya no para verla en misa sino en el matinée del cine.

Yo me observaba y me veía idéntico, en cambio ella estaba transformada. Sus rodillas no lucían sucias, tenía cinco centímetros más que yo y ya no me peleaba tanto. En realidad ya no me hablaba tanto. No sé que extraño cambio había hecho que se juntase más con las chicas y si la veía charlar con un varón, seguro tenía más edad que yo, del secundario.

El amor a un semejante te acerca al cielo y el odio al infierno. Yo seguía cerca del cielo. A veces me alejaba de él y me acercaba al infierno, pero no creo que haya sido odio, al menos no el odio que sentimos cuando grandes, ese que carcome el alma y descarrilan los sentidos. Yo odiaba no ser más alto, no tener más años, no saber como actuar cuando se me acercaba y me preguntaba… -Aparte de jugar, ¿qué has hecho de tu vida?????

Mark Twain llenaba mis ojos y a Tom Sawyer le sucedían cosas parecidas a mí. Bahhh… En realidad, en ese tiempo relacionábamos más lo que nos pasaba con lo que leíamos que con lo que escuchábamos.

Terminaba el año y la Escuela de Comercio 4 me esperaría en marzo.

CAPÍTULO SEIS

Era un niño grande. Definitivamente era un niño grande. El colegio provocó la alquimia de un día para el otro, hizo que pasara a un estado de controversia permanente conmigo mismo y con los demás. Una suerte de cambios repentinos en los que intervinieron el entorno y la testosterona incipiente. Días de duda entre seguir jugando a las bolitas o ir al matinée bailable que organizaba Carlín Barroso en el Club Recreativo. El proceso llegaba a su fin y en los kioscos aparecían revistas con mujeres ligeras de ropa. Los comités políticos competían entre sí y con las salidas normales al cine o al Dandy de Pato Assat. Con el tiempo uno sabe que vivió una parte importante de la historia política argentina. Uno toma conciencia que fuimos los últimos adolescentes que vimos en la provincia un gobierno distinto al actual. Pasé del Giro sin tornillos y la Lupín a Sábato

y Bioy Casares. No sé si era normal en toda mi generación pero en mi caso mamé libros desde que nací. La señora Chicha Rovella, profesora de música, y Alicia Torres, de historia, tenían las mismas fuerzas estentóreas para alabar mis dotes intelectuales así como mi mala conducta. Era un colegio hecho a pulmón. O a pulmones. Una casa chorizo con galería y otras aulas improvisadas en el fondo del terreno. Van mis hijos a allí actualmente, pero lo único similar es justamente el terreno.

Recuerdo esa época como la primera en la que uno siente que a veces no alcanza, lamentablemente, con ser sino que también hay que tener.

Llegó el final del año de 1983. Pasé de curso, crecí de altura y de cabeza, no gasté más pantalones en la rodilla y el callo por el piolín del trompo desapareció.

Una cosa rara que con el tiempo me pone nostálgico. En ningún día del año recordé a Emilia.

CAPÍTULO SIETE

La historia de un hombre, resumida, abarcaría más ejemplares que los que podría leer una persona a lo largo de su vida. Más que nada por que si quisiésemos ser fieles a la misma deberíamos escribirlas todas y cada una de las personas que conocieron al mismo.

Basta decir que terminé la secundaria, no sin tropiezos y sin cambios de colegios. Emigré un día, viajé, trabajé, estudié… Y un día volví. Volví como quién sabe que el pueblo siempre está esperando, como quién piensa, aún equivocadamente, que ha recorrido suficiente para echar anclas. Pergeñé mi vida y la de los míos acá, al calor del infierno grande y al calor de las ventajas del pueblo chico.

Nunca más volví a ver a Emilia y no sólo ella quedó en el recuerdo, sino muchas personas que fueron parte importante de mi vida en esa época. El pueblo cambió pero no lo suficiente como para no sentir el viento norte en agosto aunque a esta altura uno no sepa quién vive en la otra punta del pueblo. Y muchas veces tengamos que escuchar la radio para saber a quién está velando el piojo Muñoz.

Hoy, revolviendo cajones en la casa de mi madre, sintiendo ese olor

inconfundible a fotos y papeles viejos, encontré dentro de una revista del Readers Digest una carta.

Querido Osvaldo:

No tengo hígado, ni corazón, ni páncreas. Tampoco poseo intestino grueso ni delgado, la aorta no existe y se me ha desaparecido la vejiga, la nuez de Adán, el colon y ningún resto óseo ha quedado…

¿POR QUÉ, CUÁNDO NO ESTOY CERCA DE TI, ME SIENTO TAN VACÍA POR DENTRO ???

Era de Emilia.

FIN

Coyuntura

El José se había aburguesado, sus sueños se habían transformado en la casita con el mejor jardín de la cuadra, el dunita que algún día seria el 0 km, base, pero 0 km, y cueste lo que cueste, desde la ropa interior hasta el último accesorio, KOSIUKO, no importa si viene de LA SALADA, mientras el bordado tenga la marca. La decoración de la casa venía sola, solo era cuestión de comprar la revista CARAS y copiar esas de los artistas, eso sí, un poquito de cada una para ser original. ¿Qué era eso de minimalismo? ¡Ahí si! Es eso de pocos muebles, poco cuadro e idea para que no parezca vacío. Es el estilo justo, si no, GARBARINO es un clavo y encima ya estoy hasta las manos con el 29 pulgadas, debo dos cuotas y Ramón ya me tiene harto con que lo joden a el por que me salió de garante.

¿Qué te paso José? Vos que eras el primero que levantaba las pancartas, que se te enfriaba el café hablando sobre como la inercia de las primeras palabras del hijo de puta de LOCKE sobre liberalismo, había alcanzado a joder hasta a los mismísimos tobas allá en el impenetrable. Tu noviecita, esa que andaba siempre de bahianos y tenía menos tetas que la chilindrina, te miraba embelesada y se le notaban orgasmos intelectuales cuando citabas a un autorsucho que se animó a decir: MODA ES LA CREACIÓN DE UNA DEMANDA INEXISTENTE PARA UN PRODUCTO DE VALOR INTRÍNSECO. Y después de citarlo remachabas: Entonces los boludos van y compran porque todo el mundo, piensan, lo tiene, y ¿cómo ellos no van a tenerlo?

No sé que te pasó. Solo recuerdo el día que estábamos en plena refriega, eran las 7 de la tarde y habíamos cortado el puente desde las seis de mañana. Era justo lo que hacíamos. ¿Cómo podían venir dos pelotudos y cerrar una fábrica solo por que había bajado el Merval y los números no encajaban? ¿Qué querían? ¿Qué 60 tipos que les habían hecho encajar los números durante 20 años, salieran a vender ballenitas?

Tu remera gastada, elocuente bandera con un Che Guevara pintado a mano sobre el pecho, estaba hecha jirones por los tironeos de los milicos que pugnaban por desalojarnos para abrir el paso a los Natalio Ruiz que llegaban tarde a la oficina. Cuando se atenuó el humo de las cubiertas y

los dos yuppies accedieron a una tregua de tres meses con goce de sueldo, nuestros estómagos nos llamaron al alerta de las tripas y quizás fue eso lo que te cambió, lo que te movió a pensar que si un millón de moscas comen caca, la caca algo debe tener. Ese hambre urgente, insoslayable, que me hacía acordar los trinos de los estómagos ociosos de los críos de la villa adonde íbamos a hacer títeres. Ese hambre nos hizo entrar a ese local. La colorada pelito corto, uniforme almidonado, nos ofreció una de esas sonrisas que de vez en cuando le sale a las mujeres y que nos hace acordar a una muñeca inflable.

Preguntó -¿Qué combo prefieren chicos?

Afuera resaltaba, desafiando a toda competencia el cartel resplandeciente de MAC DONALDS.

FIN

Las vueltas de la vida

Febrero de 1984.

-¡Eduardo!

-¿Qué pasa?

-¡Vení, tenemos que hablar!

El ruido de los telares apenas permitía oír la conversación. Finalmente se cerró la puerta de la oficina.

-¿Qué pasa?- Volvió a preguntar Eduardo.

-Mirá, al viejo le ha entrado una idea loca en la cabeza. Resulta que ahora se descubre que una buena parte de los tipos que cruzaron los Andes eran puntanos y quieren reparar tanto sanluiseño muerto por la independencia.

-¿Y qué tiene que ver el viejo con todo eso?

-Pará, te explico. Parece que la reparación pasa por industrializar esa provincia, darle vida, promocionarla. Se habla de que los impuestos van a ser una bicoca. La verdad que me huele a curro, pero...

-Y el viejo ya le debe haber sentido olorcito a guita.

-Claro, se habla de buenos números, él dice que no cree que dure más de diez años, pero alcanza para hacer diferencia, de todos modos solo piensa plantar un galpón, imagínate, pocos impuestos, cero gremios, es interesante.

-La verdad es que al viejo no se le escapa una, pero, ¿qué tengo que ver yo con todo esto?

-Ahí está el tema, quiere mandar allá a alguien de acá para que se haga cargo, ahí entras vos.

-Noo... yo le he sido fiel, me he bancado un montón de cosas, pero ahí no. Yo respiro solo smog, vos viste que el ruido de Bs. As es parte mía. ¿Qué hago yo sin el café, la barra? Y Ferro los domingos, ¿qué hago?¿me lo imagino?

-No se, pero pensá, acá sos encargado de sección, allá serías gerente. Calculá, más guita y más chapa. Aparte que no creo que sea un desierto. El lugar se llama La Toma. ¿Lo has sentido nombrar?

Febrero de 1980

"Caminante no hay camino se hace camino al andar"

Serrat sonaba en el Philco autorreverse, el Sprint pisaba el asfalto como con bronca.

-Qué embole esta ruta- pensaba.

Había salido de Merlo ya oscureciendo, y lo único que divisó en 100 kms fueron algunas luces cada tanto, bastante lejos de la ruta. Merlo. Ese tano loco de Miguel se lo había pintado como el paraíso, al final solo era una plaza y un par de calles. Dejame con la rambla y el casino, pensó, soy un bicho de mar.

-¡Hostia!- gritó.

Cada vez que se enojaba le salía el gallego de adentro. El Falcon pegó una sacudida y el volante se le fue de las manos. A lo mejor un clavo, una espina. Llego a una estación de servicio a oscuras en un cruce de caminos. Nadie. Sacó el auxilio, lo puso y enfiló hacia las luces. El cartel decía 8 kms y lo mejor era hacer emparchar la rueda, no vaya a ser cosa.

El tren llegó junto con él al pueblo.

-Parece un gato como silba-. Pensó.

La estación era solo abrigo de tres. Dos curiosos y un viajero. Dio la vuelta por una calle de casas viejas, retomó una avenida, toda tierra y pozos y desembocó en la barra de un lugar que parecía un club. Seis mesas, una ocupada. Cuatro tipos jugando a algo parecido al tute, así le llamaba su padre.

-¡Sí! Gomería, el Juancito abre a las ocho.

¡Hostia! Masticó, me lo imagino al viejo cuando llegue. Y se dirigió despacio hacia el hotel, le habían dicho que le golpeara fuerte al turco por que era de sueño pesado.

Febrero de 1984

-¿La Toma dijiste? Y... por ahí, si es buena la diferencia.

FIN

Valientes o cobardes

Pueblo de parrillas oxidadas, pensó, mientras manejaba el cabriolet. Al fin y al cabo su historia no era muy diferente de la de su abuelo. Este había dejado su Calabria natal con la panza que trinaba de hambre en el '45, después que los aliados habían terminado con esa locura de los alemanes de adueñarse del mundo.

Él no sabía de guerras pero su historia también hablaba de panzas vacías, desarraigo y falta de futuro. Sin embargo siempre se preguntaba por qué, si por ejemplo, al turco Amad le había ido tan bien empezando con ropa por catálogo, y ni hablar de Rubén tan paupérrimo en Economía Política y Prácticas Contables, que había creado un imperio y ahora era la estrella de las cooperadoras escolares, concejal municipal y hasta prestamista.

Pueblo de valientes. Dijo, cambiando lo de las parrillas. Quizás ahí este la cuestión, quizás el secreto hubiera sido quedarse a apechugarla y no salir rajando como rata. Si uno se ponía a pensar, no todos los tanos se vinieron para estos pagos, y los que quedaron allá, hoy se cagan de risa de los que salieron a moco tendido arriba del barco. Vaya a saber si los cagones fueron los que se vinieron para acá o los que esperaron acojonados a que calmara la tempestad. Siempre fue igual, ser cagón o ser valiente es una cuestión de coyunturas.

Paró en un peaje, no existían cuando se fue. Algunas cosas habían cambiado. Vaya a saber si hubiese regresado si no fuese por la vieja que estaba en las últimas, pero se daba que en algún momento le iban a tirar esas calles de tierra y el tren pitando a la madrugada. Rubén, cuando chatearon, le dijo que Rosa se había divorciado y seguía tan linda como antes. Tenía tres niños pero él no tenía ninguno y a la larga eran mejores ya crecidos.

Apenas llegó al aeropuerto lo primero que había hecho era alquilar ese auto. Con seguridad en el pueblo no habría uno igual. Tenía en cuenta que el progreso no sirve de nada si no tenés a quien enrostrárselo. Ya casi iba llegando y después de 1000 kms la cabeza se le partía de tanto cavilar. Tenía 50 mil dólares guardados, allá nada, acá una fortunita. Por ahí hablaba con el turco y con Rubén a ver si se podía inventar algo.

La verdad, estaba harto de ser, por años, el negrito sudaca lava copas en la Quinta Avenida.

FIN

Tiempos de cólera

En memoria de Graciela Fiochetti y Santana Alcaraz

Sentí un frío puntual en la nuca. Mis rodillas estallaban contra el piso y las venas de mis brazos pugnaban por llevar sangre a mis manos, impedidas por las esposas.

De pronto mi cerebro estalló y la blanca nieve que, pensé, haber visto cuando me trasladaron a ese lugar, se transformó en nada. En una nada salada…

Mil novecientos setenta y siete fue mi mejor año. De esos que hacen que la vida sea bella e indómita a la vez. Mi último año de colegio, una novia prometida y el mundo por delante.

Entré a las ocho justas al comercio más grande del pueblo, CASA DÍAZ, y me enfrenté directamente con el dueño.

-Estoy terminando el colegio, señor y busco trabajo. No tengo experiencia, sólo alguna vez he ido con mi padre a ayudar a acomodar las vacas en los bretes de la estación, pero necesito ocuparme. La facultad no es barata y me impera juntar dinero para el próximo año.

El rostro de don Poroto, el dueño, se iluminó.

-Comenzás hoy mismo. Te lo has ganado por tu lengua y por la promesa de estudio.

LA TOMA escanciaba sus días con sus tres mil habitantes, entre mineros prósperos, su zona de influencia y la diversidad de comercios. Iglesia en el bajo, estación de trenes atravesando en dos al pueblo, dos escuelas, dos clubes, un surtidor, un par de doctores, el cine de don Carlitos y la pujanza de tanos, gallegos y turcos haciendo patria nueva.

Mi vida transcurría entre el colegio, mi casa y el trabajo. Las zozobras del viento norte, transportista predilecto de los cardos rusos, el invierno que se iba pero era todavía y la promesa de la primavera que traía el tren de pasajeros, el picnic rumbo a Merlo del veintiuno y la proximidad del baile de egresados en el Pringles o en el Recreativo.

No terminaba de entender lo del ¨76. Sólo escuchaba algo de subversivos desde el púlpito del padre Bosco, conversaciones por lo bajo

entre don Américo Magallanes y don Poroto. Algunas frases hechas como: Por algo será… y otras como: Algún día se van a ir, milicos de m…

Yo tenía dos inclinaciones, rayanas en el fanatismo. La guitarra y la lectura. Vivía por ellas. La primera me había dado fama en los clubes y en las peñas, además de un cierto aire de bohemia en el colegio. La segunda me había hecho conocer el mundo y sus épocas. Leía todo lo que caía en mis manos. Novela negra y policial recomendada por el doctor Ledesma, épica y romántica en libros que me prestaba Saltzman, el quinielero y Perón…lo que encontraba que hablase de Perón.

Quizás mi embeleso con el líder comenzó por prestar orejas a los mayores. La justicia social, el 17 de octubre, Evita, los trabajadores, el tren que repartía sandías, las ocho horas de trabajo. A lo mejor mi edad dictaba mi curiosidad, las ganas de conocer sobre alguien que ya no existía físicamente y sin embargo, despertaba amores y odios.

Me dormí esa noche a eso de las veintitrés y me despertó como a las cuatro un estruendo de maderas rotas y los gritos y llantos de mi madre. Mi única vestimenta cuando me subieron al camión que acompañaba a la camioneta de la policía del pueblo era una camiseta y calzoncillos. No supe qué pensar, mientras revolvían mi cuarto y hasta mi guitarra volaba en mil pedazos.

Ya en el camión, solo atiné a acurrucarme en un costado. Como quién tira desperdicios, arrojaron diez o doce libros en los que sólo reconocí uno de Leopoldo Lugones. El cancionero que me servía para recordar letras de Cafrune y Larralde, fue tratado con más cuidado y puesto en una especie de sobre.

La comisaría quedaba a seis cuadras de mi casa. Una galería larga truncada en ele y dependencias. El edificio más grande del pueblo. Al lado de la estufa hogar, parado en posición de firmes y con cara de asustado, un agente. Conocía a su hijo de los picados en el Pringles. Recordé a mi tío que decía: Hay policías por vocación y hay otros por única alternativa.

El primer golpe no lo esperé jamás. Mi mejilla latía y mi cabeza galopaba tratando de encontrarle una razón. Me preguntaban sobre un señor del pueblo a lo cual sólo atinaba a responder que era el carnicero de la esquina de mi casa. Sobre otro al que únicamente, una vez, escuché

recitar unos versos en el bar de don Rosario Ponce. Hablaban de un señor empleado de correo, otro que tenía una tienda y lo peor… lejos, lo peor…los gritos de dolor de una joven en la habitación contigua. Me la nombraban y sólo evocaba a alguien muy bello que se vestía "raro".

-¡No sé de bombas, señor!

-¡No tengo armas, no he escondido ninguna!

-¡Dígales, señor agente! ¡Usted me conoce, voy al colegio con su hijo!

No he podido concebir tanta crueldad, tanta juventud machacada a golpes, tanta necedad de no entender que sólo era culpable por joven y curioso.

Subí nuevamente al camión, desmayado de dolor y después de un tiempo vi amanecer sobre un manto blanco. Luego de un rato sentí el frío puntual en la nuca y la nieve salada, interminable…

-¡Mamá!!!! ¿Qué sol puede atisbar en el horizonte de estas almas?

Hay veces que sobrevuelo el pueblo con mis alas de ángel. El asfalto lo cubre casi todo, el cine ya no existe, CASA DÍAZ es un shoping. Hay dos iglesias y las escuelas y colegios despampanan niños.

Me pone alegre el graffiti en una esquina halagando al gobierno de turno y en la del frente otro, denostándolo. La libertad de elegir, aún a costa de equivocarse.

Si pudiese volver sería el mismo. Yo no estaba equivocado, ellos lo estaban.

Volvería con dos sueños. Ir a enfrascarme en algún libro de Tomás Eloy Martínez, en la biblioteca CERROS DEL ROSARIO y a recitar con mi guitarra algún verso de Larralde en el festival del MÁRMOL ÓNIX.

FIN

Tratado arqueológico

Año 3025. Planeta Marte.

Nos comunicamos con ustedes, señores, para informarles sobre la investigación realizada en el hemisferio sur del planeta Tierra, más puntualmente en la porción meridional de la región más austral del este hemisferio.

Los restos arqueológicos hasta ahora hallados nos hacen suponer que hemos encontrado el asiento de una población ya extinguida, pero que ha dejado claras huellas sobre sus formas de vida y costumbres.

Convergen en el lugar varios trazados que parecen haber servido de traslado de algún transporte que seguramente no ha sido aéreo como los actuales. Están realizados en un material ya extinguido en el planeta que estudiamos. También hemos encontrado otro trazado de un material llamado hierro, dispuesto en barras paralelas. La importancia de esto es que da a pensar en que ha sido un punto neurálgico.

Sin embargo, podemos afirmar que no ha sido un asentamiento bélico, pues hay pocas fortificaciones tales como rejas u otro tipo de defensa que comunes en urbes más grandes en otros lados del planeta.

Está flanqueado por dos elevaciones de entre mil y mil doscientos metros y tal vez por eso y de acuerdo a lo anteriormente estudiado sobre puntos cardinales de este planeta, corre un fuerte aire del lado norte que nos ha ayudado a descubrir objetos.

Durante el tiempo que hemos estado en la zona, un año terrestre aproximadamente, los niveles térmicos han sido insoportables. Han sido extremadamente bajos o extremadamente altos. Lo único que ha sido constante es el aire del norte que he citado anteriormente.

Con respecto a los objetos hallados, no difieren mucho de los encontrados en otras excavaciones del planeta. Al parecer, los humanos tenían un alto nivel de uniformidad de costumbres.

Ahora, a modo de informe final debo advertirle de dos situaciones sumamente singulares.

1) Por primera vez hemos hallado un ser vivo en el planeta tierra. Su forma, al consultar en libros vistos en anteriores excavaciones, sería la de

un insecto. Y hemos descifrado su nombre gracias a un envase hallado en la zona, el cual tiene un dibujo del insecto y una inscripción jeroglífica traducida MATA MOSCAS.

2) La segunda situación es el hallazgo de un material que no es nuevo para nosotros, al menos en este planeta. Sin embargo, hay una particularidad. A este material lo hemos visto hasta en el lugar más recóndito de la tierra. Pero siempre con forma de algún objeto. De animales ya extinguidos, de utensilios usados para un antiquísimo vicio que tenían los humanos, también en forma de joyas y de artículos de lujos.

Pero este es el único lugar en todo el planeta en que lo hemos encontrado en forma rústica, virgen. Inclusive a pocos metros marcianos del asentamiento, al pie de una de las elevaciones citadas, se halla en grandes cantidades, como hundido en la tierra, iluminando con su color verde inmaculado, haciéndonos sentir, como dirían los humanos, extasiados.

Acompaño muestras de estas dos particularidades. Se extasiarán seguramente como nosotros, ante la vista del material color verde. Con respecto al insecto, recomendamos tratarlo con sumo cuidado. Es el último vestigio de vida en este planeta y al parecer, en la zona investigada han sido reyes y señores.

Atentamente suyo.

FIN

Este libro se terminó de imprimir en el
mes de noviembre de 2013
en los Talleres Gráficos de Payné S. A.
Av. Lafinur 924, D5700MFO San Luis.
Tel. 0266 – 4422037 y líneas rotativas